

naron los Buddhas, esto es, el supremo Buddha y el Bodhisattva para la tercera raza, así como también algunos Arhates con la cooperación de unos cuantos Pitris Agnishvátas que entraron también en tan gloriosa compañía. A ellos pertenecen asimismo los Seres que desempeñaron análogas funciones en la cuarta raza. En la quinta se hallan treinta y cuatro, en su mayor parte Pitris Agnishvátas, á los cuales llaman los Jainas los "treinta y cuatro Tirthankaras (*La Doctrina Secreta*, II-441, nota.)

Los divinos Hermafroditas de la tercera media, los "Santos Padres," como se les llama, crearon Hijos mediante la voluntad y el yoga para la encarnación de los Agnishvattas superiores, los "Antepasados, los padres espirituales de todos los ulteriores y actuales Arhates ó Mahátmás," es decir, sus Gurus. Se nos dice que en la séptima raza estos Hijos de la voluntad y del yoga con otros semejantes á ellos engendrarán hijos de la mente (*Ibid.* II-288.)

Estos son Aquellos que inspeccionando la evolución de la tercera última y de la cuarta raza, llegaron á enemistarse con los hijos de la Atlántida, según luego veremos, cuando éstos se pervirtieron y sobrevino la gran catástrofe que sumergió la Atlántida bajo las aguas del Oceano. Siempre se les llama Instructores Divinos, y se los considera como superintendentes de la evolución espiritual de la humanidad, á cuyo fin guían las fuerzas cósmicas.

Los divinos Reyes (las primitivas dinastías) que guiaron intelectualmente á la humanidad, enseñaron ciencias y artes y celaron su evolución social, fueron algunos de los superiores Pitris Agnishvátas, los Titan-Kaborim á quienes se alude en los anales de antiquísimos pueblos.

Dice H. P. B. "Son verdaderamente "los grandes Dioses potentes y benéficos," como los llama Casio Hermone. En Tebas, los Kabiris Core y Demetrio tenían un santuario, y en Menfis era tan ságrado el templo del Kabiri, que únicamente los sacerdotes podían penetrar en su inviolable recinto. . . . También fueron en los primitivos tiempos los Gobernantes del género humano, cuando encarnaron como Reyes de "las divinas dinastías." Dieron el primer impulso á la cultura y por los senderos de la invención y progreso de todas las ciencias y artes encaminaron la mente de que habían dotado á los hombres. Por esto se dice que los Kabires fueron bienhechores del género humano y que su recuerdo perduró por muchos siglos en la historia de las naciones. A estos Kabiris

ó Titanes se atribuye la invención del alfabeto, de la legislación y de la arquitectura, así como los varios procedimientos de la llamada magia y del uso medicinal de las plantas (*La Doctrina Secreta*, 11-380.) Los ocultistas designan también á estos divinos Seres con el Nombre de Manúes, que enseñaron el idioma sagrado, el Senzar, á las tercera y cuarta razas (Ibid, 1-26)

Pero pasemos de los Gobernantes á la Humanidad que gobernaban. Los grados superiores de esta Humanidad, los inmediatos discípulos y ministros de los divinos Reyes, fueron Agnishvattas de las últimas clases, algunos de los cuales evolucionaron gradualmente hasta llegar á ser Arhates con inmejorables tipos de cuerpo en la cuarta y quinta subrazas

La segunda clase de Pitris solares procedentes de la Luna, encarnaron en la sexta y septima subrazas, guiando á la humanidad durante estos períodos hasta que los substituyó la primera clase, llegada en la cuarta raza. Bajo la dirección de ellos encarraron en la Tierra las cuatro clases de Mónadas ex lunares antes mencionadas, ofreciendo de este modo á nuestro estudio una inmensa variedad de gradaciones humanas, desde los hombres semidivinos que rodeaban á los divinos Reyes, hasta los hombres de achatada cabeza y tipo semianimálico. En las clases superiores funcionaba activamente el tercer ojo, de suerte que los mundos astrales eran para ellos tan conocidos como el físico; pero estos poderes de visión iban decreciendo proporcionalmente, hasta debilitarse en vago vislumbre en los de cráneo angosto. En la sexta y septima subrazas, según ya dijimos, fué retrayéndose hacia dentro el tercer ojo, hasta desaparecer por completo en los atlantes.

Durante los comienzos de la tercera última, apunta en Lemuria el alba de una exquisita civilización en que los Ancianos guían á los jóvenes, quienes todavía son obedientes, dóciles é intuitivos, y los más jóvenes de todos siguen ciegos y sumisos las enseñanzas de sus máyores.

La organización es obra exclusivamente de los Ancianos. De aquí su belleza que no podía ser permanente, pues era la belleza de la infancia cuidadosamente guiada y protegida, mas no la belleza varonil que autónómicamente se rige y gobierna.

Guiada por los Reyes divinos, la sexta subraza edificó con piedra y lava las primeras ciudades en la región de Madagascar, siguiendo la edificación de otras muchas cuyas ruinas se ven aún

en varias partes, para testimonio de que los ingenieros modernos no podrían manejar las piedras de aquellas ciclópeas construcciones cuyo secreto fué transmitido á los primitivos griegos y egipcios.

En algunos templos de Egipto, como el de Karnac, se notan las huellas de la arquitectura lemuriana que profesaron los últimos descendientes de la cuarta raza. También en algunos antiguos templos del sur de la India se observan rastros de este estilo arquitectónico.

De las ruinas de Karnac podéis coleccionar la arquitectura de quienes fueron mucho más vigorosos todavía que aquellos que levantaron piedras tan enormes. Las pirámides de Egipto revelan la sabiduría y habilidad de los que alzaron tan admirables moles. Sin embargo, no levantaban aquellas piedras á simple fuerza de brazos ni con ingeniosos aparejos de mayor potencia que las maquinas modernas, sino que las levantaban quienes conocían y dominaban las fuerzas del magnetismo terrestre, de modo que perdiendo la piedra su peso podía el arquitecto colocarla en su sitio con el empuje de un solo dedo.

Todavía quedan algunos de los enormes monolitos colocados por dedos lemurianos, ó, para decirlo más teosóficamente, por el dedo de los Dánavas, pues ellos formaron la sexta y séptima subrazas de la tercera raza. Dichos monolitos son uno de los varios problemas en cuya resolución ha fracasado la moderna ciencia arqueológica, que para salir del paso recurrió á la evidentemente inadecuada hipótesis de erosiones causadas por el hielo y el agua. ¿Y qué son los monolitos? El medio empleado por los de arriba para enviar á los de abajo mensajes transmitidos por las oscilaciones de la piedra, como las oscilaciones de la aguja transmiten los partes telegráficos en el aparato Morse.

A medida que la escisión proseguía, gigantescas y dilatadas convulsiones empezaban á quebrar en fragmentos el continente lemuriano. Los terremotos estremecían la tierra y los volcanes en erupción vomitaban copiosos torrentes de encendida lava. El vasto continente se dividió en grandes islas (cada una de ellas tan grande como un continente,) que á su vez se dividieron y cuartearon por efecto de nuevas convulsiones, hasta que por último, 700.000 años antes de la era terciaria, desapareció Lemuria devastada por el fuego, arrasada por la lava, barrenada por violentas explosiones del vapor engendrado por el agua en contacto con el fuego, y entre vo-

races llamas y rugientes ondas se hundieron las islas una tras otra, envueltas en torbellinos de fuego y agua. Los diversos trozos que se salvaron del cataclismo formaron unos parte de la Atlántida y otros quedaron aislados (como Australia,) sirviendo por largo tiempo de refugio á los supervivientes de la tercera raza.

Los indígenas de Australia y Tasmania, casi extinguidos hoy, pertenecían á la séptima subraza de los lemures. Los malayos y papúes descienden del cruce de esta subraza con los atlántes. Los hotentotes son también otro residuo lemuriano. Los dravidianos del sur de la India resultaron del cruce de la séptima subraza lemuriana con la segunda subraza atlante. Doquiera está la raza negra, se notan huellas de estirpe lemuriana.

Antes de terminar esta conferencia debemos ocuparnos de un hecho dimanante de haberse negado los Asuras á ocupar su correspondiente sitio en la evolución, de lo que provino un descenso en vez de un ascenso, una terrible degradación de aquellos seres que de otro modo hubieran podido convertirse en verdaderos hombres.

En este punto, los anales ocultos difieren completamente de las modernas teorías científicas. La ciencia supone que el hombre y los monos antropoides tienen un antecesor común. El ocultismo afirma, por el contrario, que los monos antropoides son los posteros descendientes de un cruce que entre los reinos humano y animal ocurrió durante la tercera raza. Recordaréis que la última clase humana de Mónadas ex lunares (las de "cabeza angosta," que llegaron á los lindes del reino humano al terminar la tercera ronda,) no estaban dispuestas para recibir el destello de la mente, pues aunque se habían separado en sexos, eran sus instintos completamente animálicos. Algunas de ellas cohabitaron en la séptima subraza con animales simiescos no muy distintos en forma, pero animados por Mónadas mucho menos evolucionadas, puesto que aun pertenecían al reino animal. Este ayuntamiento engendró una raza medio humana y medio animal. Más adelante, algunos individuos de esta raza mixta cohabitaron con los más degradados de entre los últimos atlantes, de cuya nefanda unión nacieron los sátiros y faunos de las historias griegas, los moradores de los bosques y parajes solitarios que por sus bestiales instintos eran el terror de los hombres civilizados. De estos sátiros y faunos descienden, según el ocultismo, los monos antropoides, los cuales serán los únicos individuos del reino animal que alcancen el tipo humano en

nuestra Cadena planetaria. En la séxta y séptima razas de la actual ronda terrestre obtendrán la forma astral humana y en la quinta ronda entrarán definitivamente en el reino humano. Tal fué el pecado de los amentes y sus consecuencias.

“Y al ver esto, los Asuras, que no habían formado hombres, lloraban diciendo. Los Amánasas (los amentes, es decir, los que carecían de mente) han profanado nuestras futuras moradas. Esto es Karma Moremos en otras. Instruyámoslos mejor para que no suceda cosa peor. Así lo hicieron, y todos los hombres fueron dotados de mente” (Estancias. *La Doctrina Secreta*, II, -22)

La Tierra estaba dispuesta para la evolución atlante. Nació la cuarta Raza.

LAS RAZAS HUMANAS.

Hermanos: Hemos visto que la especie humana quedó separada en sexos en el promedio de la tercera raza, hace diez y ocho millones de años. Sin embargo, mientras que la densa materia no atrofió por completo el tercer ojo, la Mónada pudo influir directa aunque ligeramente en sus vehículos, pero esta influencia fué disminuyendo en proporción á la densidad de la materia, al paso que desarrollándose más y más la mente inferior, empujó á la Mónada hasta el fondo para que por ella pasaran todo linaje de influencias. Al nacer la cuarta raza, la parte más avanzada de la humanidad se hallaba en dicho estado, y por esto se dice que los atlantes fueron “la primera raza verdaderamente humana y terrestre” (*Doctrina Secreta*, II-278.)

El continente atlántico surgió poco á poco, según iba hundiéndose el lemuriano por efecto de las erupciones y de los terremotos. El Manú de la cuarta raza escogió para ella los tipos más á propósito (los más inteligentes y robustos) de entre la tercera, conduciéndolos al norte, á la Imperecedera Tierra Sagrada, para desenvolverlos allí en el aislamiento y establecerlos después en las comarcas septentrionales de Asia no afectadas por el cataclismo lemuriano. Las 2 primeras subrazas atlantes fueron coetáneas de la sexta y séptima lemurianas, durante el último período de la era secundaria, anterior al hundimiento de Lemuria, ocurrido 700.000 años antes del término de dicha era. La época mas gloriosa de la cuarta raza, por lo que á su espiritualidad concierne, es la del período co-

cénico en que estuvo bajo el gobierno de las dinastías divinas. El cataclismo iniciador de su destrucción acaeció durante el período mioceno, hace unos cuatro millones de años. Otra espléndida civilización, la tolteca, floreció después de aquel primer cataclismo y fué destruida en el que tuvo efecto hace 850.000 años (Mucha oscuridad envuelve estas fechas. H. P. B. coloca la primera catástrofe en la mitad del mioceno (*Doctrina Secreta* II-751-755,) y en la nota inserta en la pág. 328 de dicha obra dice que "los principales Atlantes perecieron hace algunos millones de años." Según H. P. B., la catástrofe de hace 850.000 años ocurrida en los últimos tiempos del plioceno fué la llamada de Ruta y Daitya porque al parecer, la tierra que había formado las islas de estos nombres, quedó entonces separada de la América. H. P. B. fija la primera segregación de la raza aria en unos 200.000 años antes de aquel suceso, es decir, hace un millón de años. Esta época de la quinta raza se fija una vez más en *La Doctrina Secreta*, II-9, y como coincide con otras autoridades, puede considerarse provisionalmente cierta su fecha. Pero se contradice con una afirmación aislada (II-755) que establece dicho millón de años *antes de la catástrofe miocénica*, en abierta discrepancia con las demás opiniones que están acordes entre sí y han sido generalmente aceptadas. Serio desacuerdo hay entre *La Doctrina Secreta* y la *Historia de los Atlantes*. El cataclismo de hace 850.000 años, fué el segundo según *La Doctrina Secreta*, y el primero según la *Historia de los Atlantes*. De la tercera [ó segunda] catástrofe de hace 200.000 años, nada dice *La Doctrina Secreta*, y á ella se alude en la *Historia de los Atlantes*, aunque sin darle gran importancia. Tampoco se menciona en la *Doctrina Secreta* la catástrofe de hace 80.000 años.

El hecho es que las "convulsiones y la división de los lechos del oceano" fueron, durante edades, más ó menos violentas, y unas ú otras de ellas pudieron escogerse para noticia. Por mi parte, no me creo autorizada para establecer fechas antiguas, y por lo tanto, me he ajustado en este punto á *La Doctrina Secreta*.)

Otras civilizaciones no tan espléndidas siguieron á la tolteca, de las cuales vamos á ocuparnos.

Los últimos restos de la Atlándida, la isla llamada Poseidonis por platón, se hundió hace unos once mil años, el 9564 antes de J. C.

El vasto continente atlántico, el continente de la cuarta raza, llamado Kusha en los anales ocultos, comprendía el norte de Asia,

(intacto, según dije, en la época lemuriana,) extendiéndose por el norte del gran mar que ahora es desierto de Gobi. Hacia el este se dilataba en un firme macizo de tierra que abarca la China y el Japón, llegando á través del actual Pacífico hasta casi tocar las costas occidentales de la América del Norte. Por el sur comprendía la India, Ceilán, Borneo y la península de Malaca; por occidente, Persia, Arabia, Siria, el mar Rojo, Abisinia, la cuenca del Mediterráneo, el sur de España é Italia, y proyectándose desde Escocia é Irlanda, entonces cubiertas por las aguas, en lo que actualmente es mar, se extendía hacia el oeste, cubriendo el actual Atlántico y una gran parte de ambas Américas. La catástrofe que hace unos cuatro millones de años, durante el promedio del período mioceno, disgregó el continente Atlántico en siete islas de diversos tamaños, hizo surgir la península escandinava, gran parte del sur de Europa, Egipto, casi toda el Africa, parte del norte de América al paso que hundió el norte de Asia y separó la Atlántida de la Imperecedera Tierra Sagrada. Las tierras llamadas después Ruta y Daitya, que son el actual fondo del Atlántico, fueron segregadas de América, aunque quedaron tenuemente enlazadas por un gran cinturón de tierra que se hundió en la catástrofe de hace 850.000 años en los últimos tiempos del período plioceno, aislando las dos tierras que á su vez se hundieron hace 200,000 años dejando la isla Poseidonis en medio del Atlántico.

Tocante á las fechas de estos cataclismos y á su zona de acción, debemos recordar que las fechas difieren según sea la catástrofe á que alude el cronista, y la zona también es distinta en los distanciados periodos de uno á otro mapa descriptivo. Los informes respecto del asunto son fragmentarios y de no fácil concordación, por lo cual las fechas antes citadas han de considerarse tan solo provisionales.

Los lemures elegidos para progenitores de la raza atlante fueron guiados por su Manú á la Imperecedera Tierra Sagrada, desde donde en otros tantos grupos pasaron á ocupar las siete zonas, ó promontorios de la tierra. "Así, dos á dos en las siete zonas," dice el *Libro de Dzyan*. "La tercera Raza engendró á la cuarta" (Estancias, *La Doctrina Secreta*, II-23.) hace unos ocho millones de años, hacia fines de la era secundaria. Nacieron bajo la influencia de la Luna y de Saturno (Soma Shani,) y gran parte de la magia negra que se difundió entre ellos, especialmente entre la subraza

tolteca, tuvo por instrumento el hábil empleo de los “rayos oscuros” de la luna, ó sean las emanaciones de la parte oscura de este astro. A la influencia de Saturno se debió en parte muy principal el gran desarrollo de la mente concreta que caracterizó á esta misma subraza, así como la sabiduría de los egipcios. Se les llamó también “hijos de Padmapáni,” y la flor de loto fué emblema de que la cuarta Raza nació de la unión sexual. La gran densidad que entonces tenía el cuerpo humano produjo la experiencia de la dureza de los sólidos, cuyo choque apenas había encontrado resistencia en las sutiles formas de las razas anteriores.

Los Asuras, la primera clase de Pitris Solares y las Mónadas ex lunares, encarnaron en la subraza remoahal, la primera de la cuarta raza, cuya piel era de hermoso pigmento.

Al cabo de muchos siglos, ya definitivamente formado el tipo atlante, emigraron hacia el sur, bajo la dirección y gobierno de sus reyes divinos, los Pitris Agnisgváttas, estableciendo gradualmente una poderosa civilización, edificando populosas ciudades y asentándose en ellas después de rechazar á los lemures que todavía poblaban el Africa y las tierras contiguas surgidas del Atlántico. Aún funcionaba el tercer ojo, aunque iba cediendo á la creciente actividad de los otros dos, y no eran astralmente del todo ciegos, de suerte que tenían bastante receptividad para las sensaciones astrales, obedeciendo dócilmente las órdenes de sus divinos Gobernantes, á quienes adoraban con sumisa confianza. Los Asuras no eran todavía bastante dueños de sus cuerpos para ocuparse en dominar los de otros, y la nueva civilización prosiguió sosegadamente su florecimiento.

La segunda subraza, la de los tlavatlis, de color amarillo, guiada desde lo alto por los reyes Divinos, se desarrolló en el continente que hoy está sumergido en el fondo del Atlántico. Andando el tiempo, los Asuras se colocaron resueltamente á la cabeza de la evolución humana, aunque obedientes á los mandatos de los Señores de la Luz, y bajo su atinado gobierno prosperaron en dilatadas comarcas las artes rurales y de la edificación. Nada tan pacíficamente grandioso en la civilización atlante como su primer período, bajo la égida de los reyes Divinos. Entretanto, bajo el cielo occidental empezaban á echar brote las semillas de la subraza tolteca, más intelectual y de cuerpo aún más denso, que estaba destinada á alcanzar el máximo nivel material y á sufrir la más espantosa

caída. En esta subraza encarnaron los Asuras de mayor poder y los Pitres Solares de más exquisita bondad, estableciéndose en tierras no afectadas por la gran convulsión que dividiendo el continente atlante en siete islas, destruyó casi totalmente la primera y segunda subrazas. Los restos de la primera se encaminaron hacia el norte, en donde disminuyeron de estatura y se sumieron en la barbarie. Los restos de la segunda se dirigieron hacia el sur y oriente, mezclándose con los lemures todavía subsistentes en aquellas comarcas y dando origen á los pueblos dravinianos.

Así quedó desembarazado el campo de acción de la subraza tolteca, de estatura gigantesca (unos ocho metros,) proporciones armónicas, aspecto agradable y color cuyos matices variaban entre el claro y obscuro del rojo. Sus cuerpos (así como los de la cuarta y quinta subrazas,) más densos que los de sus predecesores y que los de sus sucesores, eran tan duros y al mismo tiempo tan elásticos, que una barra de nuestro hierro se hubiera doblado y una de acero se hubiera roto al chocar con ellos, y el más cortante de nuestros cuchillos hiciera en su carne menos mella que hoy pudiera hacerla en un témpano de granito. No es preciso añadir que los minerales eran mucho más duros en aquella edad, guardando con los cuerpos de los toltecas la misma relación que los minerales de hoy con los nuestros.

Otra peculiaridad era la extraordinaria fuerza de suturación de su organismo, hasta el punto de cicatrizarse rápidamente las heridas que recibían en las batallas ó por efecto de accidente. El sistema nervioso era de estructura vigorosa y no delicada, por lo que resistían sin estremecimientos ni desmayos las más graves lesiones, soportaban sin acerbos sufrimientos las torturas físicas que deliberadamente infligía la crueldad humana y no perdían la serenidad por las tensiones y sacudimientos que agotarían el sistema nervioso de un hombre de la quinta Raza. Pudiera describirse su cuerpo diciendo, que tenían músculos de roca y nervios de acero. El incipiente sentido del gusto sólo respondía á estimulantes muy activos y era incapaz de percibir la delicadeza de los sabores, de modo que los toltecas apetecían la carne putrefacta, el pescado correoso, las plantas acres y picantes y las bebidas amargas. Todo lo demás les era insípido. Como carecían de olfato, habitaban sin molestia en la inmediación de las más nauseabundas inmundicias con tal que no ofendiesen su vista, aunque las clases elevadas de la

sociedad no eran tan sucias ni en sus personas ni en sus habitaciones. Todavía subsisten huellas de estas peculiaridades físicas en sus descendientes. Los indios de la América del Norte curan fácilmente de heridas que serían mortales de necesidad en los hombres de la quinta Raza, y pueden soportar sin desfallecimiento torturas físicas á que sucumbiría un europeo. Los burmanos entierran la carne y el pescado para que se pudran y entonces los saborean como delicioso manjar, pudiendo todos ellos vivir entre hedores cuya pestilencia mataría de asco al hombre más desaprensivo de la quinta Raza.

El tercer ojo, que, según dijimos, se había ido retrayendo hacia dentro y oscureciéndose más y más á medida de la densificación de la materia, desapareció completamente como órgano visual en la subraza tolteca, pero aún siguió funcionando activamente en las razas sucesivas como órgano de percepción astral y de sensibilidad suprafísica. En la época de la perversión tolteca, las clases elevadas se valieron de la magia negra para privar de esta sensibilidad astral á quienes oprimían y esclavizaban, pues no sólo dejaron de estimular esta facultad como se hacía en los primitivos tiempos de la subraza, sino que por todos los medios trataron de dificultarla y destruirla. No obstante, aún subsiste en muchas tribus pertenecientes á la cuarta Raza.

El idioma era entonces aglutinante y también lo fué en la cuarta y quinta subrazas (turania y semítica.) Dicho idioma era el antiguo rakshasa, llamado así por hablarlo los turanios, que se denominaban también rákshasas. Con el tiempo el idioma tomó flexión, y en esta modalidad se transmitió á la quinta Raza.

Hemos dicho que la estatura de los toltecas era gigantesca y por esto se les llamó titanes ó gigantes; pero disminuyó gradualmente de subraza en subraza.

Al cabo de algún tiempo, los Asuras sacrificaron víctimas á estos Elementales para tenerlos sujetos á su servicio, y en las festividades solemnes eran humanas las víctimas. Relacionadas con estos sacrificios establecieron prácticas licenciosas, puesto que la crueldad es afine de la lujuria, entregándose á la representación de combates y sacrificios en las noches siguientes á los días de fiesta religiosa.

Al proclamarse á sí mismos como seres dignos de adoración, se precipitaron los Asuras hacia su ya próxima ruina. "Somos Re-

yes, somos Dioses," dijeron; y esculpiendo sus celosales efigies, las expusieron en los templos á la veneración pública, y el poder creador del hombre, reflejo del poder divino, substituyó á aquella energía espiritual de que era la representación física. Así tuvo origen el culto fálico con todas sus abominables consecuencias.

Los grandes poderes suprafísicos de los Asuras, convertidos á la sazón en magos negros de la peor especie, impusieron el reinado del terror en los países sujetos á su nefando dominio, recurriendo á las más repugnantes artes de la magia negra para consolidar la terrible opresión en que sumieron al pueblo.

Auxiliados por las semi animálicas mujeres de los de cabeza angosta de la tercera Raza y por artes mágicas de nauseabunda asquerosidad, engendraron potentes monstruos con fuerza de bruto y astucia de salvaje, infundiéndoles por animador espíritu los elementales de pésimo linaje que fueron sus guardianes y mensajeros y los terribles símbolos de su poderío. Así se entronizaron como verdaderos reyes del Averno, aquellos Señores de tenebrosa Faz que personificabán el ahamkára.

Enfocadas de esta suerte en un centro único todas las fuerza de la materia, se aprestaba por otra parte el Emperador blanco á resistir la acometida con las suyas, mientras que en las esferas de lo alto proseguían los preparativos para las contingencias del porvenir. Los Hijos de la Luz, algunos de los cuales habían adquirido la iluminación superior y convirtiéndose en Buddhas, atesoraban copiosa reserva de fuerza espiritual con destino á realzar al mundo despues de su abyección en la materia. Doscientos mil años habian de preceder aún á la gran lucha, cuando ya los Dragones de Sabiduría disputaron á su compañero Vaivasvata para seleccionar, de entre la turbulenta subraza quinta ó semítica, las simientes de la quinta Raza Raíz y conducir las á la Imperecedera Tierra Sagrada que, según ya dijimos, es la cuna común á todas las Razas Raíces. Un millón de años han transcurrido desde que de la cuarta Raza fueron segregadas las simientes de la quinta y conducidos los electos en sucesivas emigraciones á aquella inexpugnable fortaleza, con objeto de que allí permaneciesen lejos del campo de exterminadoras luchas y preservados de toda agitación consiguiente. En aquella tierra risueña y apacible vemos á Vaivasvata aleccionando á sus discípulos de la infantil ó, mejor dicho, embriónaria Raza. Allí están los que andando el tiempo han de ser Zarathushtra, Hermes, Or-

feo, Gautama y Maitreya, celando la germinación de la semilla. Pero dejemos esta pacífica escena y volvamos á las convulsiones y tumultos de la belicosa Raza cuarta.

Los ejércitos de los Señores de Tenebrosa Faz avanzaron hacia el norte, empeñando una larga serie de batallas contra los del Emperador blanco. Mostrose alternadamente favorable á uno y otro bando la victoria, aunque inclinada con mayor frecuencia al de los Asuras, pues el cielo era á la sazón contrario al triunfo del Espíritu y había sonado la hora de que prevaleciese la Materia. De todas partes acudían numerosas huésteres á cobijarse bajo las banderas de los Señores Tenebrosos, quienes estimulando las pasiones animálicas del hombre, fomentaban un odio feroz contra los puros servidores de la Buena Ley; el odio que siempre sintió el lascivo contra el "pálido asceta," el odio del impúdico contra aquellos cuya castidad le reprueba constantemente su conducta.

Poco á poco siguieron avanzando las tenebrosas huestes entre fluctuantes victorias y derrotas y tras sangrientos y mortíferos combates, hasta que por último tuvo que huir vencido el Emperador blanco y el ejército asúrico se apoderó de la Ciudad de las Puertas de Oro en donde habían gobernado los reyes Divinos y que conservaba las huellas de los Bienaventurados Seres. El Emperador Tenebroso, el célebre Hiranyaksha, ocupó la sede en que fuera proclamada la Buena Ley. La Cripta de la Iniciación quedó en ruinas con la bóveda hecha pedazos y las grandes columnas del vestíbulo rotas en dos partes. Del Templo de Oro, en donde había ejercido su ministerio un Sacerdocio divino, fluyó en inmundos raudales de sangre de inocentes víctimas, y las colosales estatuas de los magos negros frunció el ceño de su faz en el mismo sitio desde donde el Disco del Sol irradiara sus fulgores.

Al fin rebotó el vaso de malicia. Habían transcurrido ya unos 50.000 años desde la profanación del Templo de Oro y la hechicería dominaba por doquiera, llegando las gentes al último extremo de materialidad. Tiempo era de aliviar la pesadumbre de crueldad, lujuria y opresión en que estaba sumida la tierra.

Los Dragones de Sabiduría oyeron sonar la hora en el reloj de los siglos y conocieron que era preciso volver las fuerzas de la naturaleza contra "la tenebrosa progenie de hechiceros." A este fin resonó en Shambhallah la avisadora voz que ordenaba la sumersión de la tierra contaminada de maldad, y prevenía que la a-

bandonasen todos cuantos no quisieran perecer con ella. Acerca de este particular dice el Comentario: “Y el gran Rey de la Rutilante Faz, el jefe de todos los de amarillo rostro, se afligió al ver los pecados de los de rostro negro. Envió sus vehículos aéreos á todos los jefes sus hermanos, diciéndoles: Disponeos y erguíos, vosotros los de la Buena Ley, y atravesad la tierra mientras esté enjuta. Los Señores de la Tempestad se acercan y sus carros están próximos á la tierra. Tan sólo dos días y una noche han de vivir los Señores de la Tenebrosa Faz en esta paciente tierra condenada á perecer y ellos con ella. Los Señores inferiores del Fuego preparan sus mágicas y fulmíneas armas, pero los Señores de Tenebrosa mirada son más fuertes que ellos y los esclavizan. Manejan hábilmente las armas. Llegad y blandid las vuestras. Plegue á los Señores de Rutilante Faz que en sus manos caigan los vehículos aéreos de los Señores de Faz Tenebrosa, para que ninguno de ellos pueda escapar de las aguas ni evadir el azote de los Cuatro ni salvar su perversa persona. Que los de amarillo rostro suman en sueño á los de rostro negro y les eviten dolor y sufrimiento. Que los fieles á los Dioses Solares impidan que los sujetos á los Dioses Lunares sufran ó escapen á su destino. Y que los de amarillo rostro den de su agua vital á los animales voceadores para que no despierten á sus amos. Ha sonado la hora y se acerca la noche negra. Cúmplase su destino. Somos los siervos de los grandes Cuatro. Vuelvan los Reyes de Luz. Lluvia de estrellas cayó en la tierra de los de negros rostros, pero ellos dormían. Las bestias voceadoras estaban mudas. Los Señores inferiores esperaban órdenes que no llegaron porque sus dueños dormían. Las aguas subieron de nivel, cubriendo los valles de cabo á cabo de la tierra. Los parajes elevados quedaron firmes, y enjuto el fondo de la tierra. Allí moraban los que escaparon al cataclismo; los hombres de amarillo rostro y de serena mirada. Al despertar los Señores de Tenebrosa Faz, no encontraron los vehículos aéreos que buscaban para escapar del diluvio. (Comentario. *Doctrina Secreta*. II-445-446.)

Este es un fragmento de la relación que hace el Comentario. Los “animales voceadores” son los monstruos de que antes hablamos, y el “agua vital” es la sangre. Los “hombres de la Buena Ley” se pusieron en salvo del inminente desastre y entonces se desencadenó la tempestad. Furiosos vendavales levantaron

en el oceano montañas de agua y las convulsiones subterranas precipitaron encrespadas olas sobre la crujiente tierra. Aguas diluviales convirtieron los ríos en cataratas, anegando los valles. Destrozados por el terremoto caían sobre la llanura los montes en aludes de piedra. La tierra toda se estremecía y desgarraba al choque de las rugientes olas, al ímpetu de los desbordados ríos, entre cuyo espantoso fragor resonaban los alaridos de los hombres y animales que se ahogaban. Sumergida en los mares quedó la gloria de la Atlántida, dejando la tradición de un diluvio que en épocas posteriores inspiró á la literatura universal poéticas leyendas.

Así vióse la tierra aliviada de su pesadumbre, y el Arte Negro recibió un golpe del que no se ha repuesto todavía. Los mismos Asuras aprendieron con ello una lección que les sirvió para redimirse, conduciéndoles gradualmente hacia la segura y estable senda del perfeccionamiento.

No hemos de estudiar en pormenor la subraza cuarta ó turania, constituida principalmente por los gigantescos rákshasas de tipo brutal y feroz, cuyas guerras con la joven quinta Raza ocupaban mucho lugar en la historia de la India. Según hemos visto, la simiente de la quinta Raza se escogió de entre la subraza quinta ó semítica, cuyos individuos eran de carácter belicoso y turbulento. Lejanísima ascendiente del pueblo judío fué la rama de una familia semítica que Vaivasvata escogió para simiente, pero que después hubo de rechazar por carencia de plasticidad.

La subraza sexta ó akkadiana nació después de la catástrofe que aniquilo los dos tercios de la subraza tolteca, cuyo tercio superviviente se encaminó hacia el norte, mezclándose más tarde con la infantil Raza quinta. Los pelasgos, etruscos, cartagineses y escitas eran descendientes de la subraza akkadiana.

La subraza séptima ó mongólica, procedente de la cuarta ó turania, fué progenitora de los chinos del interior (no de los del litoral,) de los malayos, tibetanos, húngaros, finlandeses y esquimales. Algunos de sus brotes, injertos en los toltecas de la América septentrional, dieron origen á los pielrojas, que por lo tanto tienen sangre mongólica. Los japoneses son uno de los últimos retoños de la subraza séptima. Gran parte de ésta se encaminó á occidente, estableciéndose en el Asia Menor, Grecia y países colindantes, en donde se refinó por su mezcla con sangre de la segunda subraza de la quinta, engendrando los fenicios y griegos antiguos.

Desaparecida la isla Poseidonis, último resto del sumergido continente, apresuróse la degeneración de las dispersas tribus atlánticas, si bien las del Asia oriental se mantuvieron incólumes. Los polinesios, samoanos y tongos son restos supervivientes de aquellas tribus, algunas de las cuales se degradaron hasta el extremo de cohabitar con las híbridas criaturas engendradas en el pecado de los amentes. Otras de ellas se cruzaron con los degenerados restos de la séptima subraza lemuriana, de quienes descienden los veddhas de Ceylán, los vellosos de Borneo, los isleños de Andamán, los burmanos y parte de los indígenas de Australia. La inmensa mayoría de los habitantes del globo pertenecen todavía á la cuarta Raza, pero únicamente los japoneses y acaso los chinos tienen abierto el porvenir.

Vayamos ahora hacia el norte, á la Tierra Sagrada, en donde nuestro Manú, el santo Vaivasvata, con la cooperación de su hueste de auxiliares, va desenvolviendo, edad tras edad, con infinita paciencia, á su Raza escogida, modelando el núcleo de la humanidad futura por medio de la represión de lo malo y el estímulo de lo bueno, al paso que avisa, corrije, alienta y persuade. Allí se añadió el quinto sentido á los otros cuatro, quedando el hombre tal como es ahora. Allí preside Vaivasvata el renacimiento de los grandes Asuras, enseñándoles á emplear en más noble objeto sus poderes. Allí congrega las más brillantes inteligencias y los más puros caracteres para que renazcan en las formas que El desarrolla. Allí, bajo la protección de la Estrella Polar, apartados del bullicioso tumulto de la tierra, moran estas inteligencias modelándose gradualmente en un nuevo y más perfecto tipo.

Entretanto, la superficie del globo cambia múltiplemente la configuración de sus tierras y aguas. Todavía no ha surgido el nuevo continente Krauncha ó sea Europa, Asia, Africa, América y Australia actuales. Con mucha dificultad aparecen unas tierras después de otras, en tanto que acaban de sumergirse los restos de las antiguas, hasta que el gran cataclismo de 200.000 años há, deja la Poseidonia aislada en medio del Atlántico y los demás continentes tal casi como hoy día están configurados. Este quinto "continente" (dando á entender con esta palabra toda la tierra firme preparada para residencia de una Raza Raiz) perecerá cuando llegue la hora, por efecto de los terremotos y fuegos volcánicos, como en remotas edades desapareció la Lemuria; porque fuego y agua

aniquilan alternativamente el mundo, y al nuestro le toca quedar destruído por el fuego como la Lemuria.

Bajo la protección de Buddha (Mercurio) se desarrolló la quinta Raza, pues su principal objetivo era el desenvolvimiento de la mente, y por ello el planeta de la sabiduría bañó con sus benéficos efluvios la cuna de la Raza. Así dicen los Puranas que Buddha es hijo de Indu (la Luna,) el Señor de la cuarta Raza y progenitor de Buddha, quien fué á su vez el Sr de la 4ª Raza y progenitor de la 4ª.

Cuando el Manú hubo establecido el tipo de Su Raza, la condujo hacia el sur, al Asia Central, en donde moró por largo tiempo, fijando allí la residencia de la Raza cuyos brotes habían de ramificarse en diversas direcciones. Entonces empezó la primera gran emigración, hace unos 850.000 años.

La subraza primera, (llamada frecuentemente aria, si bien este nombre sea el genérico de toda la quinta Raza) fué conducida hacia el sur, á través del ingente cinturón de los Himalayas, estableciéndose en Aryávarta (India del Norte.) A su frente estaban los siete Rishis que durante mucho tiempo habían presidido la evolución, cuyos nombres varían según las crónicas, pero que podemos mencionar por este orden: Marichi, Atri, Pulastya, Pulaha (¿Kavi?) Angiras, (¿Kratu?) Kardama y Daksha. En el *Manusmriti* figuran los nombres de los siete grandes Rishis tal como los acabamos de enunciar, excepto Daksha, á quien se llama Prachetas. Con los dichos siete había otros tres, Vashishtha, Bhrigu y Nárada, que completaban hasta diez el número. Estos Rishis condujeron hacia la India á la primera subraza, ya dividida en castas por el Manú, habiendo los Pitris Barhishad (según vimos al estudiar la evolución física) prestado su auxilio para la formación del tipo de cuerpo sutil en cada casta. La premura del tiempo nos impide relatar la larga historia de esta gran subraza que, por otra parte, todos conocéis más ó menos extensamente. Acaudillada por sus reyes Divinos, guerreó contra los titanes de la tercera Raza y los daityas y rakschasas de la cuarta que ocupaban el territorio en donde debía asentarse. ¿Quién no sabe que Rámachandra batalló contra los rakschasas á las órdenes del gran rey Rávana y dilató su imperio desde los Himalayas hasta el mar del sur? Bástenos recordar que los arios recibieron el Zodiaco de las propias manos de los Hijos de la voluntad y del yoga que entre ellos habitaron como Instructores (“Las serpientes que descendiendo de nuevo hicieron paces con la

quinta y la aleccionaron é instruyeron.”—Estancias. *Doctrina Secreta*, II-24.) Se nos dice que del Asia Central trajeron consigo el idioma Senzar ó “lengua sacerdotal y secreta,” el verdadero “idioma de los dioses” del que derivó el sánscrito, empleado todavía como “lenguaje misterioso” de los Iniciados. De aquellos Instructores surgieron los veinticuatro Buddhas que en nuestros días reverencian aun los Jaines bajo el nombre de los veinticuatro Tirthamkaras.

La subraza segunda de la quinta Raza, la ariosemítica, emigró desde el Asia Central hacia occidente, poblando el Afghanistan, bordeó el Oxus y cruzando el Eufrates penetró en Arabia y Siria. Detuvo entonces la marcha á fin de arianizar gran número de tribus turanias y ákkadianas de que surgieron los poderosos imperios de Asiria y Babilonia. Como ya hemos dicho, los fenicios, los egipcios póstumos y los griegos antiguos procedieron del cruce de la subraza ariosemítica con los restos de la séptima subraza atlántica. A este propósito dice H. P. B: “Las siete últimas dinastías de Egipto pertenecen á la quinta Raza” (*La Doctrina Secreta*, II-447.) Algunos brotes de esta Raza se encaminaron hacia oriente, y mezclándose con la subraza mongólica que habitaba en el litoral de China, dió origen á los chinos costeros, de quienes procede la actual familia que en el Celeste Imperio ocupa el trono del Dragón.

La subraza tercera ó irania se encaminó, guiada por Zarathustra, hacia el norte y oriente en pos de la segunda; pero la mayor parte se establecieron en el Afghanistan y Persia, donde vivió el gran profeta. Algunos llegaron hasta Arabia y de aquí incurrieron en Egipto, mezclándose con los atlantes que ocupaban este país.

Las subrazas 2ª y 3ª encontraron establecido el culto de Surya (el Sol) entre los pueblos remanentes de la cuarta Raza, cuyos sacerdotes se llamaban Magos y presumían ser oriundos de Shákudvipa Shvetadvipa (Isla Blanca,) aunque la tal presunción tenía su fundamento, si se atiende al remoto origen de los Magos, pues toda enseñanza verdadera dimanó siempre de los Moradores de aquella Tierra Bendita, ya se emplee este nombre para designar la Impecederera Tierra Sagrada, ya para denominar la Ciudad Santa de Shamballah en el desierto de Gobi.

Aleccionados por los Instructores de la segunda subraza, se convirtieron aquellos imperios al sabeísmo ó culto de los Seres que

gobiernan las celestes esferas, los "Angeles de las Estrellas." El culto caldeo llegó así á su más alto grado de sabiduría y pureza, pues sus sacerdotes ó magos eran astrólogos y astrónomos profundamente versados en la ciencia del firmamento y gobernaban el Estado por medio de leyes basadas en el estudio de los astros.

En tiempos de la subraza tercera, acaudillada por los Instructores cuya cabeza fué el primer Zarathushtra (nombre que de propio pasó á ser común á todos los Instructores que le sucedieron,) quedó prohibido el culto de los Angeles de las Estrellas á consecuencia de los abusos que se cometían, y sólo se permitió la adoración del Fuego como símbolo ortodoxo de la Divinidad. Los sabios de Persia, también llamados frecuentemente Magos, eran más expertos en química que versados en astronomía, á causa sin duda de la gran importancia de la primera en sus aplicaciones á la agricultura, que era la predilecta ocupación de la subraza irania. Su preferencia por la química motivó el florecimiento de la alquimia, dejando en Egipto muchas huellas de sus vastos conocimientos en esta ciencia.

La subraza cuarta ó céltica, conducida por Orfeo, emigró hacia occidente, y ultrapasando los términos á que habían llegado sus predecesoras, pobló la Grecia con los últimos griegos, esparciéndose luego por Italia y norte de Francia hasta penetrar en las antiguas tierras atlantes de Irlanda y Escocia, y la más reciente de Inglaterra. Es curioso observar que los conocidos símbolos del Dragón y de la Serpiente aplicados á los Iniciados de grado superior, son comunes á todos estos pueblos, íntimamente relacionados entre sí. Los Hierofantes de Babilonia y Egipto, los Druidas célticos y los Sacerdotes fenicios, son todos hijos del Dragón ó de la Serpiente. El símbolo procede de los atlantes, y aun cabe afirmar que de los lemures, pasando por tradición á la quinta Raza. En toda América, y particularmente en México, aparecen frecuentemente el Dragón y la Serpiente como símbolos universales de los primitivos Instructores de la humanidad.

La subraza quinta o teutónica emigró también hacia occidente ocupando la Europa Central, y en la actualidad se está desparrramando por todo el globo. Ha poblado ya la mayor parte de la América septentrional, desarraigando de ella el viejo tronco atlante y se ha posesionado de Australia y Nueva Zelandia, reliquias de la antigua Lemuria.

Ante el empuje de la quinta subraza que pasea su erguida frente por las comarcas del globo, se van extinguiendo los desmedrados restos de la lemuriana. Está destinada á constituir un vasto imperio y presidir la marcha de la civilización. Sin embargo tambien perecerá cuando le llegue su hora, y Krauncha seguirá la suerte de Plaksha, Shálmali y Kusha. Cuando perezca, surgirá Sháka (el continente de la sexta Raza Raíz) del punto en donde actualmente está la América del Norte, que habrá sido antelativamente cuarteada por terremotos y fuegos volcánicos. Sháka perecerá á su vez sumergida en las aguas como lo fué Kusha, y entonces aparecerá Pushkara, el continente de la septima Raza, cuyo centro estará en el punto de la tierra en donde se halla la actual América del Sur. Al terminar la vida geológica del último continente, sobrevendrá el fin de nuestro globo, el epílogo de su larga y conmovida historia, cayendo en apacible sueño después del larguísimo día de labor y vigilia. Porque los mundos mueren, sucediéndose Ronda tras Ronda y Cadena tras Cadena; pero el eterno Espíritu que ahora se encarna en humanos cuerpos, es permanente y perdura por eternidad de eternidades.

Nota:—El diagrama II es un plano que queda omitido en esta obra.

DIAGRAMA II.—EL CAMPO DE EVOLUCIÓN

El campo de evolución de nuestro Logos Planetario consiste en siete *Cadenas*, cada una de las cuales tiene siete *Rondas* y siete *Globos*. Esta idea es familiar para los estudiantes de Teosofía. Tres de las siete cadenas pertenecen al pasado; la cuarta es la *terrena*; y las otras tres pertenecen á un todavía lejano porvenir.

De la Teosofía predicada por Jesucristo copio aquí algunos fragmentos cuyo contenido es así:

La esperanza de un mejor porvenir debe encender los corazones de las masas, porque la muerte de la esperanza sería igual á la cesación del desarrollo humano. El ideal de la perfección humana debe ser personificado en cada hombre, esto es, espiritualmente, porque sólo cuando estén vencidos todos los errores, se puede revelar la verdad; sólo cuando podamos despojarnos de los *artículos*

de credo que enseñan las diferentes religiones (no importa cómo se les titule,) puede alumbrarnos la verdadera luz; ya cuando estemos bastante maduros para arrojar al fuego todos los libros teológicos que existen; entonces y sólo entonces podemos instruirnos en la verdad y hacernos merecedores á la eterna gloria.

Y concluiremos diciendo, que por donde la religión se manifiesta en dogmas, (conseguidos en los Concilios, por la mayoría de los votos de los Obispos;) donde se manifiesta el culto en ceremonias; donde se ha transformado la ciencia racional en teología; donde la religión se ha hecho un objeto de estudio para adquirir ministerios ó prebendas; donde la crápula no es pecado; en una palabra, donde la verdadera Religión acaba... allí no esta Dios.

Un hombre puede observar estrictamente todos los artículos de la fé que reglamenta una iglesia cualquiera, y puede confesarse y comulgar diariamente y ser, no obstante todo esto, una bestia humana. (Recordamos al amado lector del *devoto hipócrita*, el que con sus ojos bajos humildemente vá á recibir la sagrada Eucaristía, pensando al mismo tiempo, cómo perjudicar á su prójimo; y la beata, que con el rosario en la mano, lanza *sus redes* por todas partes, al salir de la iglesia.

La doctrina de la confesión, auyentó la justicia del trono de Dios y hace del Justo Ser Eterno, un ser inútil, quien no es capaz de manejar personalmente sus negocios y ha menester de comisionados.

Absurda como fué esta doctrina, se recibió, no obstante, con agrado por los hombres. Ya no fué necesario buscar á aquel Dios invisible, porque en su lugar habían dioses visibles adiestrados expresamente en escuelas especiales, y por cuya mediación se puede conseguir la eternidad.

Ya no era necesario de que cada uno se esforzase por desarrollar las fuerzas divinas escondidas en lo más interno de su ser, ni sufrir las consecuencias de los pecados, pues existían hombres que tenían el poder de Dios en las manos y quienes eran fáciles de ganar.

Más fácil ha sido y es edificar iglesias de piedra ó de madera, que limpiar el corazón y hacerlo un templo del espíritu divino. Más fácil era arrancar el corazón á los enemigos para ofrecerlo en holocausto á su dios falso, que sacrificar el propio corazón al verdadero Dios. Más fácil era quemar herejes que refutar sus doctrinas,

y era más fácil, por fin, dictar artículos de credo y dogmas, que buscar el alimento divino por sí mismos.

Y á esos templos edificados por la *màno del hombre* corrían los curiosos y los sediciosos, para buscar la satisfacción de su codicia; cada cual, por supuesto, con perjuicio del prójimo.

Pero Jesús [Verbo] penetra aún por las puertas cerradas, sino desgraciada humanidad. Este despertamiento casi general, tendrá lugar al tercer día entre los siglos XX y XXX, allá por el año 2.700, como anunciado está por señales inequívocas. Después vendrán los mil años de paz.

Distinguimos ya el siglo XXVII; el reino de paz que durará mil años, del que os hemos hablado antes, ha principiado.

Las almas humanas, casi todas, han alcanzado la perfección; el tercer día anunciado por Jesucristo ha llegado: los sufrimientos indescriptibles de 5 á 6 siglos, que han llevado á la humanidad al borde de la desesperación, y las oraciones elevadas al Dios de la iglesia, sin ningún alivio, les ha señalado el sendero extraviado. Los hombres han regresado á una vida sencilla y moderada; la matanza de hombres y animales causa horror á esos hijos de Dios y nuestro planeta se ha vuelto un inmenso jardín de frutales, porque los hombres se han convertido en vegetarianos.

Cristo (el *Verbo*) el hijo amado que Dios ha dado á todos los hombres, ha resucitado en el corazón de cada uno; el falso saber humano con todas las teorías, artículos de credo y dogmas, ya no existe; pero en su lugar brilla la sabiduría divina (la Teosofía.) El cuerpo de cada hombre es ahora un templo del Espíritu Divino, haciendo innecesarios á los papas y sacerdotes, porque *Jesus* gobernará en todo corazón.

Porque el estipendio y el pago del pecado, es la muerte. (Ep. de San Pablo á los Rom. VI.-23.) (La muerte cojerá al hombre tantas veces como sea necesario para llegar á la perfección. El perfecto ya no tiene por qué venir á este mundo; se quedó con el Padre; la muerte para él se acabó para siempre.)

Y son precisamente los diversos caracteres de los hombres los que forman este mundo de contrastes y obligan á la lucha constante, empujando uno al otro hacia adelante, sin saberlo; *el perverso al noble y el noble al perverso.*

La desigualdad de la suerte para los hombres en la vida, la injusticia que clama al Cielo, manifestada en el hecho de que hom-

bres buenos se vean acosados por penas y materias, mientras que una falange de perversos viven con magnificencia y disfrutando todo género de placeres, todo viene probando al raciocinio, la necesidad moral de la *Encarnación*. ¿De qué otro modo podía el hombre llegar á su derecho, sino en el posible de que en otras reencarnaciones pueda obtener lo que antes le hizo falta para la relativa felicidad? (Los que hoy se arrastran míseramente en este mundo, han sido perversos en el tiempo pasado. El que hoy es rico, tiene que ser pobre cuando vuelva. Así adquiere el alma experiencia en todo y queda contrabalanceado. Lo de más y lo de menos.)

Si un ser de Eternidad á Eternidad ha encontrado las condiciones de la encarnación una vez, debemos suponer que las vuelve á encontrar otras veces ó sea periódicamente. La reencarnación puede explicarnos, además, el enigma de que cada uno sea responsable de sus hechos y pensamientos, porque cada *hecho ahora es causa para la vida futura y es efecto de una vida pasada*; siendo cada hombre, en todo tiempo, su propio producto de desarrollo, lo que nos manifiesta la gran justicia divina. (El hombre todo lo paga doble. Aquí [con el cuerpo] y allá [con su alma.] El que ha observado la vida terrestre, sabe que la mayoría lo paga en esta vida misma. Así vemos á personas perder sus bienes constantemente porque son adquiridos con mala conciencia. Hasta el último maravedí se paga, aún no siempre en esta vida; en la venidera con toda seguridad. Así se cultivan las almas)

Hemos dicho ya en otras ocasiones, que Jesús, el verdadero Salvador de los hombres y mediador entre la tierra y el cielo, resucitará el tercer día, esto es, por el año 2,700, en la generalidad de los hombres.

Hasta ese tiempo todos los pueblos civilizados habrán alcanzado la perfección humana y la voluntad del Eterno Padre se habrá cumplido.

La Teosofía [sabiduría divina] será propiedad de la mayor parte de los pueblos, que entonces habrán llegado á conocer al Dios verdadero. El mundo, esta gran escuela, ya no tiene motivo por qué existir y despues de haberse concluído los mil años de paz, vendrá la hora señalada.

El punto céntrico de la gran familia de los mundos y que significa nuestro sistema planetario (No nos referimos á los demás sistemas planetarios de otros soles) es el gran Espíritu del Sol, en

cuya vecindad, atraídos por su hermosura sublime, gira la muchedumbre de los mundos por él mismo fecundizados.

Sin su llama cariñosa con que nos regala en forma de calor y luz, los frutos de amor que germinan en el interior de los planetas, jamás alcanzarán su madurez; de manera que el desarrollo de los seres vivos que germinan en las entrañas calientes de la tierra dependen totalmente de los rayos de amor, fecundos en calor y luz, que nos prodiga el padre SOL.

Cristianismo y vegetarianismo, son dos cosas inseparables.

El abdicar á la tentación, principalmente de la lascivia sensual, será imposible si no se arregla la alimentación. Aquel que crea que es indiferente de qué clase deben ser las substancias alimenticias que el hombre deja entrar en su casa (cuerpo,) también podía creer que es indiferente tocante á la capacidad de un ejército; si sus miembros se componen de soldados obedientes ó de soldados rebeldes; pero rebeldes y excitando constantemente al espíritu para cometer excesos, serán las partículas que provienen de la carne y que además, son causa de acumulación de substancias extrañas en el cuerpo humano y por consiguiente, causa de enfermedades.

Dime lo que comes y te diré lo que eres, dice el refrán: no salud, sino enfermedades y muerte prematura se desarrollan por medio de una alimentación con carne. Los Autores de la Biblia: Moisés y los profetas, Cristo y los apóstoles, eran todos vegetarianos. A los partidarios del primero, los titula Jesucristo: *Lobos*, más á los segundos (vegetarianos) *Corderos*.

Mirad que yo os envío como ovejas entre lobos. (San Mateo. X. 16.)

Carnívoros son todos los que han traducido la Biblia y natural es que no hayan comprendido bien la lengua (fábula) de los corderos. El que escribe estas líneas, es vegetariano, lo que dá á comprender en el artículo N^o 1, por las palabras: *peregrinar por el triste lúgubre valle de la penitencia*, y natural es que haya comprendido mejor la Biblia que los llamados *sacerdotes carnívoros*.

En el siguiente artículo trataremos estensamente sobre el vegetarianismo, alimentación destinada por Dios al hombre, su semejanza.

QUINTO MANDAMIENTO: "NO MATARÁS"

En el anterior artículo dijimos, que religión y arte de vivir, ó

sea una alimentación arreglada á la constitución humana son inseparables. A primera vista notamos, de una manera clara, que la carne no puede ser el alimento destinado para la satisfacción del apetito del hombre pues la mayoría de ellos no la comerían, si se viesen obligados á matar al animal personalmente (¿De qué me sirve á mí, dice el Señor, la muchedumbre de vuestras víctimas? Ya me tienen fastidiado. Yo no gusto de los holocaustos de los carneros, ni de la gordura de los robustos bueyes, ni de la sangre de los becerros y corderos; y así cuando levantareis las manos hacia mí, yo apartaré mi vista de vosotros; y cuando más oraciones me hicieréis tanto menos os escuchare, por que vuestras manos están llenas de sangre.—(Profecía de Isaías, I. 11. 15) para hacerlo su presa. Clavar el cuchillo en el pecho de un ser viviente indefenso, que no ha hecho daño alguno, es algo que repugna por instinto, que se abomina por conciencia.

La naturaleza ha dado á cada ser viviente sus herramientas propias para con ellas procurarse el alimento: los dientes para masticarlo; el estómago para digerirlo. A primera vista se descubre que los hombres no pertenecen á la especie de los carnívoros; pues si se comparan sus colmillos con los de un animal carnívoro, (león, tigre, etc.) se encontrará tanta semejanza como pudiera hallarse entre los dientes de un ratón y los ricos pero enormes colmillos de un elefante. (*Pues por eso le imprimió su sello ó imagen, el Padre, que es Dios; (El sello de un frugífero que tiene rostro humano, pero no uñas garfias como los carnívoros. (Evg. San Juan, VI. 27)*

De esto se deduce que no habiendo sido la carne destinada para alimento del hombre, tiene que serle nociva.

Pero la mayoría de la gente cree lo contrario y conforme á sus noticias estima de mas provecho la carne que los vegetales y llega á tal grado su falsa creencia, que esperan con su alimentación un desarrollo titánico.

Pero las falsas apariencias, el heredado engaño de la serpiente del perdido Paraíso tiene que arrastrar á los hombres á la tentación para que expíen y purguen sus culpas.

Porque caerá en manos del médico el que peca en la presencia de su Creador. (Libro del eclesiástico, XXXVIII. 15)

No salud, sino enfermedades tienen que desarrollarse con una alimentación contra natural; los hombres no se desarrollan hasta hacerse dioses, pero si se ridiculizan y confunden hasta hacerse

diablos; así lo anuncian sus semblantes desfigurados, sus cuellos hinchados y la pérdida completa de la forma normal.

Esas figuras de cabeza calva, esos esqueletos humanos, en fin, esos hombres y mujeres con barrigas descomunales, están probando á todas luces lo defectuoso y perjudicial de la alimentación.

Un ser repleto de grasa, una mole de carne que apenas puede resollar, presionada por su peso bestial, está probando que su alimento lejos de serle provechoso, le es perjudicial y hasta mortífero. (El capitán Riley cuenta, que los habitantes del desierto de Arabia, son generalmente flacos, pero fuertes y robustos, y alcanzan una edad de 200 años muchas veces. Diez onzas de alimento vegetal [dátiles y cocos] basta para satisfacerlos.)

En otros casos vemos lo contrario; un cuerpo débil, sin jugo ni fuerza é impotente por lo tanto para la lucha de la vida, hacen de un hombre un ser nulo para el trabajo.

Dijimos que los esclarecidos que han escrito la Biblia, eran todos vegetarianos y ponemos aquí algunos ejemplos:

Aquel que inmola un buey, es como el que degüella á un hombre.
[Isaías, 66. 3.]

Haces bien en no comer carne, dice San Pablo. [Epístola de San Pablo á los Rom. XIV. 21.]

Sabido era que San Pablo había sido antes judío carnívoro; pero cuando se hizo defensor de la Religión cristiana, dejó aquel alimento pernicioso, según los versículos siguientes:

Pues cuando vivíamos según la carne, las pasiones del pecado excitado por ocasión de la ley, mostraba su eficacia en nuestros miembros.
[San Pablo á los Rom. VII. 5.]

Harémos también notar que la cena de Pascua que los judíos celebraban con un cordero, la celebró Jesucristo con vegetales, pan y vino.

Tomó Jesús el pan y lo bendijo, lo partió y dióselo á sus discípulos, diciendo: "*Tomad, comed, este es mi cuerpo.*" (*En verdad, en verdad os digo, que sino comeis la carne del hijo del hombre [el alimento que yo como] y no bebieres su sangre [la bebida que yo bebo] no tendreis vida en vosotros [no lleveis la verdadera vida como fué la alimentación vegetal en el Paraíso.]* Evg. [San Juan, VI. 54.]

[Amados sacerdotes; aprended á descifrar las santas parábolas de la Biblia.]

En todos los lugares del nuevo testamento, donde dice que Jesucristo ha comido carne, se ha faltado á la verdad.

Algunos sostienen, que Cristo comió pescado cuando hizo el milagro de los cinco panes y los dos peces, alimentando á cinco mil personas. Eso nada prueba; pues donde se reunían miles de personas á quienes había que enseñar cuál era la verdadera alimentación, no podía Jesucristo impedir de pronto que se comiera pescado. Jesucristo predicó allí el amor al prójimo y repartió el pan de su alforja, obligando á que hicieran lo mismo el resto del pueblo, así es que comieron también un gran número de los que no llevaron alforjas. He aquí una muestra del poder de su elocuencia.

Jamás pudo ser posible que Jesucristo, el príncipe de la paz, que predicó el amor, la misericordia y la dulzura, se hubiese alimentado con la carne caliente y palpitante de un animal asesinado!

Jesucristo dice:

Más estimo la misericordia que el sacrificio — [Evg. San Mateo, IX. 13.]

En otra parte se explica Jesucristo de la manera siguiente:

Y además que esta casta de demonios [espíritus impuros] no se lanza sino mediante la oración y el ayuno (vejetarismo) (San Mateo, XVII. 20.)

En otra parte se refiere igualmente al vejetarismo;

Tomad mi yugo sobre vosotros y aprenden de mí, que soy humilde y manso de corazón, y hallaréis el reposo para vuestras almas (suspendiendo la alimentación excitante de la carne.) (San Mateo, XI. 29).

Reproducimos también los versículos siguientes de Jesucristo:

Donde quiera que esté el cadáver, allí volarán las águilas. [San Lucas, XVII, 37,] quiere decir, donde hay carnivorismo, donde se alimentan con cadáveres de animales, no es posible el reino de Dios.

Jesús ni siquiera permitió que San Pedro, antes pescador, matase y cogiese á los inocentes pescados, y le dijo:

Seguidme y yo hare que vengais á ser pescadores de hombres (Evg. San Marcos, I. 17.)

No de la carne de nuestro cuerpo que como todo lo que Dios ha creado tiene que ser perfecto, sino por la carne que los hombres comen, contrariando su naturaleza divina, resultan las tentaciones, los vicios y las enfermedades que hace siglos nos atormentan por medio de la herencia. (La alimentación con carne produce las enfermedades; al

alimentación vegetal las cura. Las madres capuchinas evitan la carne, ayunan mucho y alcanzan una gran edad. (Dr. Med. Ph. Hequet.)

La naturaleza divina encerrada en cada hombre jamás podrá manifestarse si éste no sigue el ejemplo de Jesucristo, que nos dice:

El Padre me ha enviado, empero vosotros no habeis oído jamás su voz (la voz de la conciencia que solo el justo y vegetariano sabe percibir.) (Evg. San Juan, V. 37.)

Son innumerables los casos en que la Biblia predica el vegetarianismo, pero no es posible enumerarlos todos, bastará con algunos que damos á conocer á los *amantes de la verdad*.

Pero carne produce carne, vocífera la mayoría, y como esta substancia es más parecida á la substancia de nuestro cuerpo, la mayor parte de los hombres, aún incapaces de discurrir por sí mismos, piensan y lo dán como cierto, que la carne es el alimento más sano y nutritivo que existe.

Pero hay una ley natural incontestable, irrevocable, que dice; *la reunión de substancias recíprocamente emparentadas, llevan en pos resultados que no son buenos.*

¡Ah! Señor Dios! ¡Ah! mira que mi alma no está contaminada y desde mi infancia hasta ahora no he comido cosa mortífera ni jamás ha entrado á mi boca especie alguna de carne inmunda. [Profecias de Ezequiel, IV. 14.]

Verdad es que el estómago tiene menos trabajo con la digestión de la carne, pero como donde quiera [sea en lo espiritual ó corporal] gobierna la divina justicia, es natural que tambien tenga que ser menos la recompensa por un trabajo inferior. [La carne no es un alimento, sino un excitante cualesquiera, como el alcohol por ejemplo. Un comedor de carne se desploma de debilidad, si le falta este artículo en su mesa; y difícilmente no puede vivir manteniéndose sólo con carne. Donde esto sucede es en la gente pequeña y mal desarrollada física y moralmente; se hacen verdaderos idiotas, como los esquimales, por ejemplo.]

Para poder hablar sobre este asunto y poder juzgar sobre cada forma de alimentación, es necesario haber probado personalmente los dos sistemas más conocidos, pero durante un tiempo bastante largo, para llegar á esta conclusión.

Cuando mayor valor tenga un premio, tanto mayores serán los obstáculos y peligros que se colocan en el camino de aquel que no sabe

evitar los reveses, sufriendo así muchos principiantes en el vegetarianismo un verdadero naufragio y regresando decepcionados á la olla de carne.

Debemos por lo mismo, encaminar á los principiantes para que no hagan esfuerzos muy precipitados en el cambio del alimento, porque sólo la *fuerza de la voluntad, la razón, la paciencia y la perseverancia*, pueden hacer alcanzar la completa satisfacción, despues de un tiempo más ó menos largo y aún puede ser necesario tener que retroceder á la alimentación de carne, aunque sea temporalmente, para recobrar nuevo aliento, hasta haber vencido totalmente la inclinación á los alimentos de animales muertos.

La forma del desarrollo humano estriba en un continuo *avanzar y retroceder*, donde no conviene acojerse demasiado afirme en una posición conquistada, sino retirarse prudentemente para regresar más poderoso y experimentado, después de pocos días. Así ponemos como condición indispensable: *paciencia, razón y perseverancia*, á todo aquel que quiera encontrar la salud del cuerpo y del alma salvación.

Como la carne que comen los hombres, proviene de la elaboración de vegetales, es natural que el contenido y mérito de este alimento sea equivalente á la consistencia de un vestido que ha sido usado dos veces por dos distintos seres. Una substancia que ha nutrido ya á varios y tiene por consecuencia agotada la mayor parte de su fuerza, es ni más ni menos que una fruta esprimida, sin jugo ni poder y está muy cerca de no ser factor de alimentación, como lo pueden afirmar los que tienen experiencia en la materia.

Cuán diferentes son las substancias de que se componen los vegetales y frutas. Cojidas frescas de la fuente vital, conservan su poder primitivo, y no gastadas ni usadas por nadie, trasmiten al hombre todo su bondadoso contingente. (Los beduinos del desierto de Sahara son vegetarianos; su alimento consiste en leche de camellos y un puñado de dátiles y ellos son muy sobrios. Es la raza más valiente que se conoce (Burton viajes en Africa.)

Los riñones son los órganos de más importancia despues del estómago, pues están destinados á la digestión de las substancias líquidas.

Muchos creen que el agua común, como elemento natural, está destinada por la Providencia como lo más sano, para la principal bebida del hombre. Esto es verdad en parte; pero el agua más clara contiene substancias terrosas diluidas y las consecuencias de

su uso abundante será llevar al cuerpo humano partículas extrañas y acaso nocivas; lo cual no sucede con los vegetarianos que casi nunca les atormenta la sed, pues no entran á su estómago alimentos excitantes, como la carne condimentada en las diversas formas usadas é inventadas por los carnívoros.

En la naturaleza no perturbada aún por la mano del hombre, esto es, cuando observa su *instinto, gusto y conciencia*, no se alimentará éste sino de frutas frescas de las diversas clases que se conocen y que sean agradables á su paladar y de legumbres verdes, como son: la col, la coliflor, la arveja tierna, pepinos, tomates y verduras de toda clase; pues todos estos vegetales contienen en abundancia sales nutritivas.

Habrá muchas personas que se reirán de nosotros, pero esa pobre gente jamás se habrá tomado el trabajo de preguntar de donde saca la vaca su buena carne, esa que tanto gusta á los carnívoros. (Debemos considerar la gran sabiduría y justicia de Dios, que no puede haber creado á ningún ser, sea racional ó nó, sin haber considerado antes el alimento que debía servirle para la subsistencia, y así los primeros hombres, que no sabían hacer el fuego, encontraban los *frutos crudos* agradables á su paladar. Aquellos alimentos que les daba fuerza, salud y larga vida, son los verdaderos alimentos á que deben volver los hombres para ser felices. Lo que el hombre no puede comer en estado crudo, no está destinado para la cocina y por lo tanto, debe acostumbrarse á usar alimentos sin cocer en mayor cantidad, como frutas, verduras, legumbres, etc., imitando así á Jesucristo.

¿Cuándo llegará el día en que las mujeres no estén encerradas en las cocinas, cubiertas de humo y hollín, preparando el pernicioso alimento cocido, que destruye el cuerpo, la salud y acarrea la miseria? Qué diferente aquel que se alimenta de sustancias crudas: él no daña su cuerpo con comidas calientes; no está dispuesto á comer en demasía y jamás tiene sed, porque las frutas contienen el agua más pura y filtrada. No nos ocupemos del *pernicioso café*, ni del *venenoso tabaco*, ni del *excitante alcohol*. Hombres más autorizados que nosotros han escrito libros enteros sobre estos excitantes de la cultura moderna que terriblemente minan la salud del cuerpo y del alma.)

La leche es otro alimento principal para la raza humana, pues es el primero que acepta y satisface al niño, y á muchos animales

desde su nacimiento. En su lugar pueden también comerse los sustitutos de la leche; la mantequilla y el queso cuando son frescos (quesos viejos y picantes son indigestos y hasta han producido indigestiones mortales.) No dejaremos de mencionar el *pan* y los *huevos* que también son de mayor utilidad.

El conocimiento de la verdadera alimentación de la raza humana se ha perdido para el hombre; pero las leyes de la naturaleza son *invariables é irrevocables* desde el primitivo origen hasta la eternidad y jamás serán los hombres verdaderamente dichosos, fuertes y sanos, si no vuelven á la alimentación abundante de frutas, legumbres verdes y verduras. (Durante 27 años que he tenido la ocasión de estudiar la vida de los monjes llamados *los trapenses*, no he visto un solo caso de apoplejía, gota, piedra, cáncer, hidropesía y otras muchas enfermedades. En una fuerte epidemia de cólera cuando la muerte reclama numerosas víctimas en los alrededores del convento, no he podido constatar un sólo caso entre ellos. Ellos jamás comen carne, ayunan mucho, son fuertes y sanos y tienen larga vida. (Dr. en medicina Decaisne.)

Ciertamente que hay personas sanas y fuertes sin el alimento nombrado; pero los hombres de actualidad no pueden tener una idea de la salud y felicidad con que la naturaleza regala á quien observa estrictamente todas sus leyes.

El hombre podía ser mucho más fuerte y sano; y los cuentos y fábulas de los gigantes nos explican las fuerzas inmensas de los primeros hombres.

La alimentación con frutas crudas, nueces, leche, queso fresco, mantequilla abundante, legumbres verdes, verduras, huevos y pan, producen en tiempo más ó menos largo, nueva vida; los órganos gastados de la digestión se alivian, la cabeza se despeja y el hombre viene á gozar de delicias que no saboreó antes.

Por este régimen el hombre recibe el alimento que es necesario para su desarrollo y adquiere poco á poco, sin sentir, un calor agradable y el caudal de fuerzas aumenta.

Nosotros, los que escribimos estas líneas, nos mantenemos, durante largo tiempo, solamente con frutas crudas, *nueces* (en lugar de mantequilla) leche cruda (Se dice que hay que cocer la leche para matar los microbios, ya que son muchas las vacas enfermas; pero no considera que las mujeres de nuestros días que crían á sus hijos con su leche, son más enfermas aún que las vacas: en la acumula-

ción de *sustancias mórbidas*, esas inmundicias producidas por una alimentación contranatural y que vienen á ser los verdaderos criaderos de esos insectos maléficos de la sangre) y un poco de pan y nos hemos sentido más refocilados que nunca. Desgraciadamente no se encuentra siempre fruta buena; pero entonces hay que recurrir á las legumbres verdes, la verdura y los huevos.

Ocupémenos ahora de Jesucristo. Hubo en su tiempo tres sectas religiosas, á saber: los *fariseos*; que eran todos unos hipócritas, como las hay en el día en número inmenso; los *saduceos*, que eran materialistas y que nada se ocupaban de la religión y de los que tambien existen en cantidad por estos tiempos y finalmente los *esenianos*, (Los esenianos llevaban antes de Jesucristo, el nombre de *santos*; pero después no llevaron otro título que el de ángeles ó mensajeros del Cielo y sus aldeas: *Comunidad del Cielo*.—Ya en los tiempos muy antiguos vemos llevar el título de Hijos de Dios á hombres eminentes y los esenianos llamaban al superior de su comunidad, (que hay que añadir que eran adivinos como los profetas) *de padre, maestro y señor* de la Comunidad. Entre los mensajeros (ángeles) de esta comunidad que siempre se vestían de telas blancas y muy limpias y *Jesucristo*, vemos una estrecha comunicación, y entre Jesucristo y los judíos carnívoros una constante lucha. Esta es la llave sin la cual no se puede comprender el nuevo testamento.

El ángel Gabriel que anunció la próxima concepción de María y aquel ángel que anunció á José el peligro que por parte de Herodes les venía, eran de esos mensajeros mandados por el Superior de la Comunidad.

(Los esenios usaban siempre un lenguaje místico como acostumbraban los profetas) secta pequeña, á la cual pertenecía Jesucristo y la que no contaba sino con cuatro ó cinco mil personas.

Ha venido el Hijo del Hombre que come y bebe como los demás y decís: hé aquí un hombre voráz y bebedor, amigo de publicanos y de gente de mala vida. (Los esenianos preparan vino sin fermentación (lo que no hace daño á la salud) echando jugo de uvas espesado en el agua, como hizo Jesucristo en las bodas de Canán y lo que los ignorantes judíos tomaron por milagro. Sólo una vez tomó Jesucristo vino fermentado—en la última cena:

En verdad os digo que de hoy más no beberé de este fruto de la vid, basta el día que lo beba nuevo, [quiere decir no fermentado] (Evg. San Marcos, XIV. 2. (San Lucas, VII. 33.-34.)

El fundamento de la Iglesia tiene por base *la ignorancia* de los pueblos; y la historia nos suministra abundantes ejemplos. (Ejemplos son las cruzadas; La escoria de Europa, compuesta de gente ignorante y fanática, se desparramó hácia el Este, para conquistar la tierra santa, que nadie podrá encontrar sino dentro de sí mismo. Robos, asesinatos y profanaciones fueron cometidos en nombre de aquel que es el amor mismo. Enseguida apareció la Santa Inquisición y la hoguera relucía en nombre de la Religión. En pocos años fueron quemados vivos más de cien mil mártires inocentes, víctimas de la ignorancia; el Evangelio mal comprendido trajo la muerte y la peste; la guerra y la ruina sobre todo el mundo y hasta leyes eternas de la naturaleza, creadas por el mismo Dios, fueron rotundamente negadas. (Véase el proceso contra Galileo, que terminó el 22 de Julio de 1633.)

El objeto de la Iglesia era llevar á los hombres al *verdadero conocimiento de sí mismos, de su propia vida, del propio espíritu, de la verdad, que es Dios*; pero ella se adora á sí misma y de Dios al que no conoce, ha hecho un sirviente, de quien con ruegos, gritos y súplicas implora la satisfacción de sus solicitudes egoístas. La Iglesia establecida por Jesucristo predica, por consiguiente, doctrinas anticristianas. *Ella es el Antecristo* que existe desde el mismo tiempo de los apóstoles.

De El hombre. De dónde y cómo vino ¿A dónde va?

(Por Annie Besant)

Copio aqui algunos fragmentos cuyo conjunto es así:

Centenares de millones de años se acumularon para dar tiempo al paulatino y laborioso proceso de la naturaleza en que cada vez más y más hacia atrás queda el "hombre primieval." Vemos la Lemuria donde ahora ondea el Pacífico; y Australia, no obstante su en comparación reciente descubrimiento, es una de las tierras más antiguas. Atlántida estuvo donde ahora se extiende el Atlántico, y Africa se enlazó con América por medio de un sólido puente de tierra que arrebató los laureles del descubrimiento de las sierras de Colón á quien vemos siguiendo las huellas de generaciones largo tiempo ha desaparecidas, que encontraron el camino de Europa á las tierras del sol poniente. Ya no es Poseidonís por más

tiempo el fantástico cuento relatado por los supersticiosos sacerdotes egipcios al filósofo griego. Minos de Creta resurge de su vieja tumba como hombre y no como mito. Babilonia, por tan antigua computada, resulta ser la moderna sucesora de una serie de cultísimas ciudades sepultadas capa bajo lecho hasta disfumarse en la noche de los tiempos. La tradición invita al explorador á que excave el Turkeistán en el centro de Asia y le habla al oído de ciclópeas ruinas que solo esperan su azadón para exhumarse.

El hombre no es sino una etapa de su desenvolvimiento, y el mineral, vegetal y animal no son ni más ni menos que etapas de su embrionaria vida en la matriz de la naturaleza, antes de que nazca como hombre. Es el hombre la etapa en que el Espíritu y la Materia luchan entre sí por el predominio, y cuando al fin de la lucha se erige el Espíritu en señor de la Materia, en dueño de la vida y la muerte, entra el Espíritu en su evolución superhumana y ya no es hombre sino más bien superhombre. Pero aquí hemos de considerarle tan sólo como hombre; hemos de tratar del hombre en sus embrionarias etapas en los reinos mineral, vegetal y animal; hemos de observar al hombre durante su desenvolvimiento en el reino humano, al hombre y sus mundos, al Pensador y su campo de evolución.

El eminente sabio Platón, una de las más poderosas inteligencias del mundo, cuyas elevadas ideas han dominado el pensamiento europeo, declara en fecunda afirmación que "Dios geometriza."—Cuanto mejor conocemos la Naturaleza, tanto más nos convencemos de esta verdad. Las hojas de las plantas están dispuestas en la definida ordenación de $1/2$ $1/3$ $2/5$ $3/8$ $5/13$ y así sucesivamente. Las vibraciones de las notas de una escala pueden representarse correspondientemente en serie regular. Algunas enfermedades siguen su curso en un definido ciclo de días en que el 7.º, 14.º y 21.º señalan las crisis, cuyo resultado es ó la continuación de la vida física ó la muerte. No hay necesidad de multiplicar los ejemplos.

Por lo tanto, no es extraño que en la ordenación de nuestro sistema solar intervenga continuamente el número siete, que por esta razón se llama "número sagrado," aunque mejor le cuadraría el epíteto de "número expresivo." Una lunación se divide naturalmente en dos septenas de creciente con otras dos de menguante, y sus cuartos nos dan la semana de siete días. Vemos que el siete

es el número radical de nuestro sistema solar, cuyos departamentos ó distritos son siete, que á su vez se subdividen en otros siete subalternos y éstos en otros siete y así sucesivamente.

EL NIRVANA INTERCATENARIO.—La mente humana se abisma ante los enormes periodos de tiempo referentes á la evolución, por lo que no hay más remedio que atenerse al antiguo y moderno concepto, según el cual no tiene el tiempo existencia determinada, sino que es corto o largo según la actuación de la conciencia del ser á que se refiere (Véase el sugestivo libro de E. E. Fournier d'Albe titulado: *Dos mundos nuevos*.) En el nirvana intercatenario las conciencias verdaderamente activas fueron las del Manú-Simiente de la cadena lunar y la del Manú-Raíz, de la terrestre. ¿Quién será capaz de conjeturar el tiempo computado á la conciencia de estos dos Seres?

El plan en conjunto está en la mente del Manú-Semilla, de quien lo recibe el Manú-Raíz y lo ejecuta en la nueva cadena confiada á su presidencia. Al término de la cadena, los resultados de la evolución en ella proseguida se resumen en el aura del Manú-Simiente donde, si se nos permite emplear la terminología de la vida ordinaria, quedan clasificados, encasillados y catalogados en perfecto orden. El Manú-Simiente derrama intermitentes flujos de su estimulador magnetismo sobre aquellas inteligencias de diversidad de grados que, concentradas en sí mismas, viven lentas y subjetivamente sin noción alguna de tiempo. Si la corriente fuese continua los desharía en pedazos, y así se interrumpe luego de influir en ellos, para que lentamente se la asimilen dormitando durante un millón de años. Entonces el Manú-Simiente derrama sobre ellos otro flujo de corriente y así se repite la acción durante millones y millones de años.

La observación de esta curiosa escena nos sugiere diversas analogías, como por ejemplo la de los bulbos que de cuando en cuando inspecciona el jardinero, y la de los enfermos de un hospital que visita diariamente el médico. Iba acercándose más y más el tiempo en que el gran Jardinero había de entregar sus bulbos para la plantación. El suelo fué la cadena terrestre y los bulbos se convirtieron en ánimas vivientes.

Los diversos procedimientos de reproducción característicos de la tercera ronda reaparecen en esta tercera raza y ocurren simultáneamente en varios puntos de la Tierra. La masa general de pobla-

ción pasó por las sucesivas etapas hasta llegar á ser en su mayor parte ovípara, pues hubo algunos aunque pocos aspectos en que persistieron los primitivos procedimientos. Parece como si los diversos órdenes de reproducción conviniesen á los egos según su etapa evolutiva, y así persistieron en los rezagados despues de haberlos trascendido la masa general de la población. El procedimiento oviparo desapareció muy lentamente. La cáscara se fué adelgazando más y más, y el ser humano contenido en ella tuvo carácter hermafrodita, aunque despues predominó en cada individuo uno de los dos sexos y, por último, se puntualizó la unisexualidad. Estas transformaciones principiaron hace unos 16.500.000 años y duró su proceso cerca de cinco y medio á seis millones de años, pues los cuerpos físicos fueron alterándose muy lentamente y de cuando en cuando sufrían algunas regresiones. Además, el primitivo número de habitantes era exiguo y necesitó tiempo para multiplicarse. Al definirse establemente el último tipo, quedó el huevo mantenido dentro del cuerpo femenino, asumiendo la reproducción la modalidad vivípara que todavía persiste.

300 millones de años de labor fueron necesarios á los espíritus de la naturaleza para formar minerales, vegetales y animales de las especies inferiores antes que estos se convirtieran en seres humanos, hace unos 16.500.000 años.

Nosotros somos ahora la 5ª raza, ó raza ariana de la 4ª ronda de la 4ª cadena, y todavía no somos más que el embrión humano, pues la verdadera humanidad la seremos cuando lleguemos al final de la 7ª cadena, es decir que despues de más de 316.500.000 de años, q' hace que se principiaron á formar las primeras partículas de nuestra materia, estamos á penas en la mitad del camino para llegar á la perfección.

En la 1ª ronda de esta 4ª cadena se reprodujo la humanidad por escisión. En la 2ª ronda por yemación; es decir que aparecía en el cuerpo una protuverancia que iba creciendo hasta separarse del cuerpo con vida independiente. En la 3ª ronda se reprodujo por escisión, yemación, exudación, y desovación.

Al principio la cáscara del huevo era dura, y en cuanto el feto la rompía salía corriendo y saltando. Poco á poco la cáscara fué siendo cada vez más blanda hasta desaparecer por completo su consistencia; y entonces el feto empezó á nacer débil y delicado como nace hoy necesitado de los cuidados maternos.

La 4ª Raza ó Atlante tuvo de existencia 4 millones de años. Hace un millón de años que vino al mundo la actual Raza con el 5º sentido: la anterior solo tenía 4 sentidos. Los sentidos se fueron desarrollando 1 á 1 principiando por 1 hasta llegar á los 5 que tenemos hoy. Antes de 1.000 años tendremos el 6º sentido.

Hace 18 millones de años que principió la humanidad á ser intelectual, cuando ya tenía el mundo más de 300 millones de años de principiado á formarse.

En resumen, tenemos la primera raza raíz, repetición de la primera ronda en forma de etéreas nubes flotantes de acá para allá en una cálida y pesada atmósfera que envolvía un mundo desgarrado por cataclismos periódicos. Los individuos de esta primera raza se reprodujeron por hendidura. La segunda raza raíz, repetición de la segunda ronda, era del tipo secular descrito en la segunda ronda y se reprodujo por brote. El principio de la tercera raza raíz, repetición de la tercera ronda, tenía forma de gorila antropoide y se reprodujo en un principio por escrescencia celular ó sean las "gotas de sudor" de *La Doctrina Secreta*. Después vino la etapa ovípara y por último la unisexual.

Algunos huevos humanos fueron objeto de un tratamiento especial, pues los Señores de la Luna se los llevaban para magnetizarlos cuidadosamente y mantenerlos á temperatura uniforme hasta que rompía la cáscara el ser humano, de sexualidad á la sazón hermafrodita. Después lo alimentaban con un régimen especial y atendían solícitamente á su crecimiento, para que una vez dispuesto se posesionara de el uno de los Señores de la Luna, muchos de los cuales se encarnaban con propósito de actuar en el plano físico, á cuyo efecto utilizaban estos cuerpos cuidadosamente preparados, de que también se sirvieron con el mismo propósito algunos devas. Esto parece que ocurrió únicamente unos cuantos siglos antes del desglose de sexos.

Posteriormente, hace ya de diez á once millones de años, luego de separados definitivamente los sexos, vino la importante etapa en que algunos de estos encarnados Señores de la Luna descendieron á la septipunteada estrella polar lemuriána y formaron sus propias imágenes etéreas, que despues densificaron y multiplicaron para el uso de los egos vivientes. Los Señores de la Luna eran de diferentes tipos, según expresa la frase: "siete hombres cada cual en su partija," y proporcionaron cuerpos adecuados á los siete rayos ó

modalidades idiosincrásicas de la humanidad, construyendo las formas en las puntas de la estrella.

Unos cuantos, de recio temperamento, empedernidos é inescrupulosos, llegaron á ser los “Señores de la faz Tenebrosa” en la Atlántida; otros aparecieron entre los indios norteamericanos de rostro duro, aunque refinado; y algunos pocos han persistido hasta nuestros días entré los príncipes de la banca, estadistas como Bismarck y conquistadores como Napoleón. Sin embargo van desapareciendo poco á poco, porque aprendieron muy amargas lecciones. Los hombres sin corazón que siempre están en lucha, y en todo y por doquiera se oponen á los principios generales, han de mudar al fin y al cabo en el reino de la ley su modo de ser. Algunos, muy pocos, podrán valerse de la magia negra; pero la mayoría no puede resistir la constante presión que les abruma. ¡Es un camino demasiado áspero para el progreso!

Para el advenimiento de los Señores de la Llama se escogió la época coincidente con el insólito fenómeno astronómico de una especial conjunción de planetas, que colocaba á la Tierra en las más favorables condiciones magnéticas. Sucedió esto hace unos seis millones y medio de años, cuando ya no quedaba por cumplir otra labor que la que únicamente podían llevar á cabo los Señores de la Llama.

Con el estruendoso bramido de un torrente y envuelta en ígneas nubes que cubrían el firmamento de disparadas lenguas de fuego, descendió entonces de inconcebibles alturas, relampagueando á través de los áereos espacios, la carroza de los Hijos del Fuego, de los Señores de la Llama, que, venidos de Venus, posaron sobre la “Isla Blanca” risueñamente tendida en el seno del mar de Gobi. Estaba la isla verdeciente de follaje y radiante de matizada floración, como si la Tierra ofreciese la más amorosa y galana bienvenida á su llegado rey, el kumara Sanat “el doncel de diez y seis estíos,” el de “perpetua y virginal juventud,” el nuevo gobernador de la Tierra, que advenía á su reino acompañado de sus discípulos los tres kumaras, y sus ayudantes, los treinta poderosos Señores que, demasiado grandes para que la Tierra pudiese conocerlos en orden graduado, estaban revestidos de los gloriosos cuerpos que Ellos mismos habían formado por el poder de kriyáshakti. Ellos eran la 1.^a Jerarquía oculta, las ramas del único árbol banano alimentador de los futuros adeptos y centro de toda vida oculta.

La fundación de dicha ciudad de Puertas de Oro data de hace un millón de años, ó sean 150.000 antes del primer cataclismo que desgarró el continente atlante.

Por entonces constituían los toltecas la raza gobernante á causa de su gran superioridad, pues eran de índole guerrera y se extendieron por el mundo para subyugar á todas las gentes, aunque sin mezclarse jamás en parte alguna con las clases inferiores. Aun en la misma ciudad de las Puertas de Oro sólo eran toltecas la aristocracia y la clase media; pero el pueblo tenía la sangre adulterada por el entronque de los cautivos de guerra pertenecientes á otras subrasas que los conquistadores habían reducido á esclavitud.

Por esta época llegó á la Tierra un cargamento de egos en uno de cuyos grupos, que se mantenía muy unido, figuraban varios de nuestros antiguos amigos, como Sirio, Orión, Leo y otros. Vainvasvata, el manú de la quinta raza, marcó á algunos de estos egos en la oreja, para que formaran parte de Sus futuros materiales. Apoyada en esta selección remonta Blavatsky el establecimiento de la quinta raza á un millón de años ha, por más que su salida de Atlantes ocurrió el año 79.997 antes de J. C. Los escogidos constituyeron más tarde un grupo cuyo intervalo entre la muerte y el nacimiento fué de 1.000 á 1.200 años (Cómputo aproximado tanto respecto de este grupo como del que luego se menciona.)

Sin embargo, en la época de que tratamos, los intervalos entre muerte y nacimiento eran algo más cortos, porque los materiales reunidos en aquellas primerizas existencias no bastaban á determinar largos intervalos por mucho que se los dilatase. Los hombres no eran todavía capaces de sentir hondamente, si bien realizaban algo peculiar de la vida celeste, en cuyo mundo permanecían juntos los egos; y los sutiles seres de la esfera intuicional, con ellos relacionados, demostraban fortísima afinidad uno respecto de otro.

En las esferas inferiores se experimentaba evidentemente un deprimente é indeciso sentimiento de "menesterosidad," como si los individuos estuviesen profundamente afectados por la ausencia de sus compañeros en vidas anteriores y en el nirvana intercatenario, que no habían de llegar á la Tierra hasta cuatro mil siglos más tarde. En la esfera intuicional el grupo de 700 años; de intervalo estaba relacionado con el grupo de 1.200 años; pero cuando el primer grupo llegó á la Tierra, hubo una época de general regocijo entre los egos de la esfera mental superior, porque iban con ellos los

futuros Maestros á quienes profundamente amaban y veneraban. Los directamente relacionados con algunos individuos del primitivo grupo estaban todavía en el nirvana y otros habían llegado á la Tierra con el grupo de los 1.200 años, contándose entre ellos los dos futuros Maestros que en la última encarnación fueron de nacionalidad inglesa (Sir. Tomás Moore y Tomás Vaughan (*Filaletes*.) A fin de que todos los individuos estuvieran juntos en una misma encarnación, fué preciso retardar en unos y adelantar en otros el renacimiento.

En una de aquellas vidas primerizas, un muy hábil guerrero llamado Corona (Conocido posteriormente en la historia con el nombre de Julio César,) procedente de la ciudad de las Puertas de Oro, sometió á la tribu tlavatlí en que nuestros amigos habían encarnado; y aunque incosciente de los lazos que á ellos le ligaban, recibió su influencia y les trató con dulzura, de modo que en vez de esclavizarlos les otorgó varias mejoras é incorporó la tribu al imperio tolteca. Sirio renació unas cuantas veces en la subraza tlavatlí hasta pasar á la tolteca. Más adelante le vemos encarnado entre los ramohales, á fin de relacionarse con Ursa y otros compañeros. Despues pasa varias existencias en la cuarta subraza, la turiana (etapa china) y otras cuantas en la sexta subraza o acadiana. Posteriormente le vimos dedicado al comercio en un pueblo semejante á los futuros fenicios. No encarnó en las subrazas por orden sucesivo; pero es actualmente muy difícil generalizar sobre esta cuestión.

Seguían llegando á la Tierra cargamentos de egos, y la principal causa de su separación parece que fué la manera de individualizarse. Estaban entremezclados egos de todos los rayos y temperamentos, aunque de análogo grado de desarrollo general; pero no lo estaban aquellos egos que diferían en los intervalos entre muerte y renacimiento, ni tampoco se entremezclaban las numerosas clases de hombres lunares y animales hombres. Al pasar el individuo de una clase á otra superior, persistían los fundamentales caracteres distintivos sin confundirse unas clases con otras, á menos que el individuo hubiese sido tomado de la ronda interna, sometiéndolo á especial compulsación. Aun los mismos cestales, al completar su cuerpo causal, conservaron el rasgo distintivo de su origen.

El primer cargamento que conducía el grupo de los 700 años de intervalo llegó á la Tierra hacia el año 600.000 antes de J. C., ó

sea unos 250.000 antes del primer cataclismo que desgarró el continente atlante. Iban en este cargamento los futuros maestros Marte, Mercurio y otros, Marte nació en el norte del territorio que ocupaba la subraza tlavatli, y fué Surya su padre y Mercurio su madre, teniendo por hermana mayor á Heracles. Era Surya el jefe de la tribu y muy luego fué Marte general de sus huestes. A los quince años quedó tan mortalmente herido en una batalla, que le tuvieron por muerto; pero su hermana Heracles, que le amaba entrañablemente, lo buscó y encontró en el campo, cuidándole hasta devolverle la salud. Sucedió Marte á su padre en la jefatura de la tribu y así tuvo la primera oportunidad de gobierno mundano.

Hubo un exiguo, pero interesante grupo, compuesto tan sólo de 105 individuos, que llegaron á la Tierra por aquel mismo año 600.000 antes de J. C., aunque no procedentes de la Luna, sino que fué una expedición dispuesta de propósito por el Jefe de la Jerarquía, y parece que estuvo formada por algunos individuos que en Venus habían sido animales predilectos de los Señores de la Llama y tan firmemente ligados á Estos por el cariño, que no hubieran podido evolucionar sin Ellos. Se habían individualizado en Venus, de donde los sacó el Jefe de la Jerarquía, colocándolos en el primero y segundo rayos.

Hubo otros pequeños grupos de evolución anormal, y uno de entre ellos, correspondiente á la tercera ronda, fué enviado al planeta Mercurio, de donde volvió á salir despues de sometido á las especiales condiciones de dicho planeta. Algunos sufrieron tratamientos de esta índole con objeto de prepararlos para la quinta raza raíz. (Conviene advertir que Blavatsky habla de individuos llegados de Mercurio á la Tierra.

El tercer nacimiento terrestre de Heracles tuvo por lugar la misma tribu en que se vieron reunidos algunos individuos del grupo. Estaban algo civilizados, pero las casas eran sencillamente chozas y los ardores del clima les obligaban á ir muy ligeros de ropa. Esta vida de Heracles tuvo por característica la reanudación de los repulsivos lazos con Escorpión, que revistieron cierta importancia. La tribu en que militaba Heracles fué atacada por otra completamente salvaje á que pertenecía Escorpión. El plan de este era sorprender á la tribu enemiga y exterminarla en sacrificio á la deidad, ó de lo contrario suicidarse para de este modo atormentar á sus enemigos desde el otro mundo. La tribu de Escorpión prac-

ticaba ritos de índole pitónica que, aunque secretos, conocía Heracles. El suicidio era indispensable para realizar el proyecto de la actividad post-mortem, y los hechizos con terribles maldiciones y conjuros llegaron á ser entonces efectivos, con resultado tanto más temido de los enemigos por cuanto conocían sus consecuencias.— Fracasado el ataque, empezaron los salvajes á suicidarse entre groseros ritos; pero Heracles, en parte porque su religión prohibía el suicidio, en parte porque le animaban supersticiosos temores y también porque los salvajes podían servir de fornidos esclavos, intervino para salvar del suicidio á muchos de ellos, reteniéndolos prisioneros. Más tarde tramaron éstos una conjura contra la vida de Heracles, quien los condenó á muerte, y desde entonces se reprodujo en la Tierra la prolongada serie de antagonismos no extinguida todavía.

Conviene tener en cuenta para explicar la intimidad de los lazos anudados entre diversos individuos y mantenidos durante cientos de vidas, que de entonces en adelante cierto número de seres, de entre los grandes grupos de 1.200 y 700 años, constituyeron la que podemos llamar "Tribu," cuyos miembros conservaron sus recíprocas relaciones de parentesco en la multitud de países donde encarnaron; y especialmente Sirio rara vez contráe matrimonio fuera de este reducido grupo. En rápida ojeada, como á vista de pájaro, echamos de ver que algunas veces estuvo reunida toda la tribu, como, por ejemplo, cuando Marte era rey de la ciudad de las Puertas de Oro; cuando fué emperador en el Perú; en el continente cerca de la Isla Blanca, bajo el mando del Manú; y en los comienzos de la segunda y tercera subrazas, en la época de las emigraciones.

Heracles se convirtió en un belicoso soldado, estrechamente adicto á Marte; Sirio de temperamento más pacífico, siguió continuamente á Mercurio; Alcione y Mizar pertenecieron también á este grupo. Sin embargo, un buen número de individuos pertenecientes á los más extensos grupos, con quienes estuvimos muy familiarizados en aquellos primitivos tiempos, se quedaron por el camino y no los hemos encontrado en esta vida. Algunos estarán precisamente ahora en el mundo celeste.

La sociedad Teosófica es otro ejemplo de la reunión de esta misma tribu y en ella ingresan de continuo personas que con el tiempo volverán á ser antiguos amigos. Los hay que, como Co-

rona, están precisamente esperando ahora favorable coyuntura de reencarnación.

Por largo tiempo siguieron llegando cargamentos á la Tierra, hasta que cesó el envío al ocurrir la catástrofe de 75.000 años antes de J. C., de modo que la frase: *puerta cerrada* se aplica únicamente al tránsito del reino animal al reino humano, pero no á las entidades cuyo cuerpo causal estaba ya desarrollado. Los monos antropoides cuyos cuerpos son humanos, según afirma Blavatsky, pertenecían al reino animal de la Luna, pero no al de la tierra, pues encarnaron en los cuerpos engendrados por el "pecado de los ámentes" y son los gorilas, chimpancés, orangutanes, cinocefalos y cercopitécos. Habitan en Africa, donde pueden encarnar entre las todavía existentes ínfimas razas humanas del tipo lemuriano.

El año 220.000 antes de J. C. vemos á Marte en el solio imperial de la ciudad de las Puertas de Oro, con el título hereditario de "rey divino," transmitido por los grandes Iniciados de los primitivos tiempos, que habían gobernado en el pasado. Mercurio era el hierofante mayor ó Sumo pontífice de la religión del Estado. Vale notar que estos dos personajes aparecen unidos á través de los siglos; uno siempre como gobernante y guerrero, y el otro siempre como instructor y sacerdote. También es notable que nunca veamos á Marte en cuerpo femenino, al paso que Mercurio lo asume de cuando en cuando.

La tribu ó grupo estaba del todo reunida en aquella época.

Vajra era el heredero de la corona; y Ulises que había alcanzado victorias en la frontera, mandaba la guardia imperial, formada por soldados escogidos que, aun los rasos, pertenecían á la nobleza y le estaba encomendada la custodia del palacio. No salían á campaña y tan sólo rodeaban la persona del monarca en las ceremonias de corte, cuyo esplendor acrecentaban con sus ostentosos uniformes. Sin embargo, muerto Ulises, recibía Vajra el mando de la guardia imperial y por la persuasión pudo conseguir que su padre le permitiese entrar en campaña con su gente, pues como era hombre de carácter inquieto y turbulento, no le satisfacía aquella sedentaria vida de lujo y ostentación, aparte de que los soldados le adoraban por su intrépido valor y apetecían trocar sus dorados petos por el severo armamento del guerrero. Entre los soldados de la guardia estaban algunos de nuestra tribu, como

Heracles, Píndaro, Beatríz, Gémines, Capella, Lutécia, Belona, Apis, Arcón, Capricornio, Teodoro, Escoto y Safo. Tenía Heracles á su servicio en calidad de pajes tres jóvenes tlavatlis (Hygeia, Bootes y Alcmena) que su padre había capturado en una batalla y cedídoselos de regalo. Eran los soldados notoriamente bullangueros, muy aficionados á comilonas y borracheras con escándalo de la ciudad; pero tenían la virtud de respetar á los doctos, reverenciar á los sacerdotes y asistir á las ceremonias religiosas en cumplimiento de sus deberes palatinos. Se regían por cierto código de honor severamente observado, cuyas reglas incluían la protección del débil. No carecían de refinamientos, de acuerdo con su condición; pero no se adaptaban á las ideas modernas.

No debemos pasar por alto la muerte de Ulises, el capitán de la guardia, porque ligó con indisolubles lazos á los tres personajes que intervinieron en aquella escena. El emperador Marte había puesto al cuidado del capitán de la guardia á su hijo Vajra, mozo atrevido é inquieto; y como por entonces se maquinaban peligrosas conjuras en la ciudad de las Puertas de Oro y hubiera sido un gran triunfo para los conspiradores apoderarse de la persona del príncipe heredero, no quería Ulises dejarle salir solo de palacio, aunque la prohibición le disgustase. Estaban un día el capitán y el príncipe sentados en las afueras de palacio, cuando una banda de audaces conspiradores surgidos repentinamente de entre la maleza, donde acechaban ocultos, se abalanzaron contra ambos y les agredieron. Cayó el príncipe sin sentido; pero Ulises, escudándolo con su cuerpo, defendióse denodadamente contra los agresores mientras daba voces de auxilio, que oídas desde palacio acudieron algunos soldados de la guardia, á punto de que el capitán caía acribillado de heridas sobre el cuerpo del príncipe y escapaban los conspiradores. Cargaron los soldados con los desmayados cuerpos camino de palacio y los colocaron en el salón del trono á los pies del emperador allí sentado. Entonces, el moribundo capitán entreabrió los ojos y volviéndolos hacia su soberano exclamó: "Perdonadme, señor, hice cuanto pude." El emperador acercose á él, y bañando el dedo en la sangre que le manaba del pecho le señaló con ella en la frente y después señaló la suya propia y sus pies, al tiempo que su armoniosa voz quebraba el silencio de la escena, diciendo: "Por la sangre derramada en mi defensa y la de los míos,

nunca jamás se romperán los lazos entre nosotros. Ve en paz fiel servidor y amigo.”

Los apagados oídos del moribundo pudieron escuchar todavía aquellas palabras. Ulises sonrióse y expiró.

El joven príncipe, que tan sólo estaba desmayado, volvió en sus sentidos. Y el vínculo perduró milenio tras milenio, por siempre jamás inquebrantable entre Maestro y discípulos.

Las vidas de Heracles no ofrecieron nada de particular durante largo tiempo, pues cuando encarnaba en cuerpo masculino era su ocupación la guerra y cuando en cuerpo femenino tener numerosa prole.

La propagación de la magia negra entre los atlantes motivó el segundo gran cataclismo del año 200.000 antes de J. C., que dejó las vastas islas de Ruta y Daitya como restos del dilatado continente que había unido Europa y Africa con América. Subsistieron estas islas hasta que la catástrofe del año 75.025 antes de J. C. (En guarismos redondos se fija el año 80.000 antes de J. C. la fecha de este cataclismo.) las sumergió en las aguas del actual Atlántico

Durante los inmediatos cien mil años, el pueblo atlante prosperó abundantemente hasta formar una poderosa y super-exuberante civilización cuyo foco era la ciudad de las Puertas de Oro, desde donde fué difundiendo por toda el Africa y el Occidente.

Más por desgracia, con la civilización se propagó también el conocimiento del dominio de la naturaleza, que aplicado á fines egoistas es magia negra. En ella cayeron en mayor o menor grado algunos individuos de nuestro grupo, unas veces por haber nacido en el seno de familias mago negras y otras porque la practicaron en broma y quedaron algo contaminados de sus prácticas. Podemos recordar ahora que estas prácticas de magia negra fueron la causa de los sueños que atormentaban á Alcione (Véase: *Rasgaduras en el Velo del tiempo.*) en una vida posterior.

Acaeció el suceso unos 100.000 años antes de J. C. cuando Corona era emperador blanco de la ciudad de las Puertas de Oro, Marte uno de sus generales y Heracles esposa de Marte. Estalló una formidable rebelión acaudillada por un hombre de extraños y malignos conocimientos, un “Señor de la Faz Tenebrosa.” Aliado con los sombríos espíritus de la tierra (Entidades de forma entre animal y humana que sirvieron de tipo á los sátiros de los griegos)

que forman el "Reino de Pan" fué reuniendo en torno suyo un poderoso ejército que le aclamó por emperador del Sol de Medianoche, el tenebroso emperador en oposición al emperador blanco. Estableció un culto del que se erigió en ídolo principal, con enormes imágenes de sí mismo alzadas en los templos, y ceremonias desenfrenadamente sensuales que halagaban á los hombres con el deleite de sus bestiales pasiones. Opuestamente á la blanca cripta de iniciación en la ciudad de las Puertas de Oro, se estableció la cripta tenebrosa para celebrar los misterios de Pan, el dios de la Tierra. Todo iba encaminándose hacia otro tremendo cataclismo.

Unas ciento veinte vidas atrás, era Alcione hijo de un secuaz de los abominables ritos de este tenebroso culto; pero aunque al principio se mantuvo muy alejado de ellos y se retrajo de las salvajes orgías de bestialidad que avasallaban á la mayoría de adoradores, acabó, como suele suceder, por prendarse de la hermosura de una mujer y en ello encontró adverso hado. Aquel suceso nos da á conocer las condiciones que posteriormente descargaron sobre los atlantes la rigurosa sentencia pronunciada por la Jerarquía oculta.

LOS TOLTECAS DEL ANTIGUO PERÚ

(12.000 AÑOS ANTES DE J. C.)

Cada ciudad ó villa tenía asignada, para su cultivo, una superficie del terreno aledaño estrictamente proporcional al número de habitantes, de entre los cuales se destinaban un gran número de labriegos para el cultivo de las tierras. Estos labriegos constituían la clase trabajadora, no porque las demás clases no trabajasen, sino porque se las destinaba separadamente para las faenas del campo. Posteriormente explicaremos cómo se reclutaban los labriegos. Baste decir, por ahora, que todos ellos eran hombres en pleno vigor viril, entre venticinco y cuarenta años, pues ni viejos ni niños ni enfermos ni endebles podían figurar en sus filas.

La tierra asignada á un poblado se dividía en dos partes iguales: tierra privada y tierra pública. Los labriegos habían de cultivar una y otra: en su propio é individual provecho la primera y en beneficio de la colectividad la segunda, es decir, que el cultivo de la tierra pública puede considerarse equivalente á las contribuciones é impuestos de los Estados modernos. Ocurre desde luego

el reparo de que era enormemente onerosa é inútil una contribución cuya cuantía alcanzaba la mitad del tiempo y trabajo empleados por el productor. Sin embargo, antes de calificarlo de impuesto opresivo, espere el lector á saber qué destino se les daba á los impuestos y qué objeto tenían en la vida nacional, así como también que esta obligación no era penosa, pues el cultivo de las tierras públicas y privadas significaba en conjunto una labor mucho menos dura que la del labriego inglés, ya que si bien los peruanos trabajaban de firme, de sol á sol, en dos distintas épocas del año tenían algunas semanas de largos intervalos en que toda la labor hacedera no requería más allá de dos horas diarias de trabajo.

La tierra privada, de que trataremos primeramente, estaba repartida entre los vecinos con la más escrupulosa probidad. Todos los años, despues de acopiada la cosecha se adjudicaba una porción de tierra á cada adulto, hombre ó mujer, aunque cultivaban exclusivamente los hombres. Así, á un casado sin hijos le correspondía doble porción que á un soltero; un viudo con dos hijas núbiles tenían triple porción que un soltero; más al casarse las hijas se llevaban con ellas su porción, restándola del lote del padre para añadirla al del marido. Por cada hijo que el matrimonio tuviera se les asignaba una parcela adicional, cuya área aumentaba á medida que la prole iba creciendo, con el natural propósito de proporcionar á cada familia lo necesario para su manutención.

Todo vecino podía hacer de su lote lo que mejor le pareciese, menos dejarlo baldío, pues una ú otra mies había de cultivar en él, y con tal que cosechase lo suficiente para su manutención, quedaba todo lo demás de su cuenta. Por otra parte, los peritos agrónomos estaban siempre dispuestos á dar á todo cultivador sus mejores consejos, para que nadie alegase ignorancia de lo más conveniente para sus tierras. Los ciudadanos que no pertenecían á la clase labradora, esto es, que se ganaban la vida de cualquier otro modo, podían cultivar el lote á ratos perdidos, ó bien contratar á un labrador para que lo cultivase después de cumplida su propia tarea; más en este último caso, el producto de la tierra no correspondía al propietario, sino al colono. Lo que de este modo podía hacer y con frecuencia hacia un labrador del todo voluntariamente, es otra prueba de que las faenas agrícolas, asignadas á cada cual, eran en realidad muy ligeras.

Es agradable poder atestiguar que las labores agrícolas des-

pertaban en gran manera los sentimientos filantrópicos. El ciudadano con numerosa prole, y por lo tanto, con un vasto lote de tierra, estaba seguro de recibir benévola ayuda de sus vecinos una vez terminadas las tareas de cada cual, y el que por justo motivo necesitaba holgar algún día, podía contar siempre con un amigo que le supliese en su ausencia. Nada decimos en los casos de enfermedad, por razones que muy luego expondremos.

Respecto al destino de la cosecha, nunca se suscitaba dificultad ninguna. La mayor parte de los ciudadanos cultivaban cereales, hortalizas ó frutos para el consumo doméstico y vendían el sobrante o lo cambiaban por ropas y otras mercancías. En último caso, el gobierno estaba siempre dispuesto á comprar cuanto grano se le ofreciese á un tipo fijo, muy poco inferior al precio corriente, con objeto de entrojarse en los vastísimos graneros, que estaban invariablemente repletos para caso de hambre ó cualquiera otra contingencia.

Pero veamos ahora qué destino se daba al producto de la otra mitad de las tierras cultivadas, ó sea las que hemos llamado tierras públicas. Estaban estas divididas á su vez en dos partes iguales (cada una de ellas equivalente á la cuarta parte del total de tierras laborables del país:) una llamada tierra del rey y la otra del Sol.

Era de ley que la tierra del Sol debía cultivarse antes de que ningún ciudadano tocase ni una brizna de su lote individual. Una vez cultivada la tierra del Sol, se procedía al cultivo de la privada, y terminada del todo esta tarea, empezaba el cultivo de la tierra del rey. Así es que si el mal tiempo retardaba las cosechas, el primero que sufría la pérdida era el rey, y á menos que sobreviniesen éxtraordinarias inclemencias, no se mermaba en nada la parte correspondiente al pueblo, mientras que la del Sol quedaba en todo lo posible á cubierto de adversas contingencias.

Respecto á la cuestión de riegos (importantísima en un país cuyo suelo es en gran parte estéril) se observaban las mismas reglas. Hasta que las tierras del Sol estaban perfectamente regadas, no se conducía ni una sola gota del precioso liquido á las demás, y hasta que todos los lotes privados tenían el agua necesaria, quedaban sin ella las tierras del rey. La razón de estas ordenanzas resultará evidente cuando, más adelante, sepamos el destino del producto de cada clase de tierras.

Así veremos que una cuarta parte de la total riqueza del país

iba á parar directamente á manos del rey, porque la misma distribución se hacía del dinero procedente de las industrias fabriles y mineras, es decir, que una cuarta parte era para el Sol, dos cuartas partes para el productor y la cuarta parte restante para el rey. Pero ¿en qué empleaba el rey tan cuantiosa renta?

Primeramente había de mantener todo el personal gubernativo á que ya nos referimos, pues satisfacía los sueldos de todos los funcionarios del Estado, desde los fastuosos virreyes de las regiones hasta los relativamente humildes centuriones, aparte de los gastos de viaje en las visitas oficiales.

En segundo lugar, con estas rentas costeaba las grandiosas obras públicas del imperio, cuyas ruinas nos admiran todavía al cabo de catorce mil años. El tesoro real construía y conservaba las admirables carreteras que por todo el imperio enlazaban unas ciudades con otras á través de graníticas montañas, con estupendos puentes tendidos sobre invadeables terrentes, así como la espléndida serie de acueductos, no inferiores como obra de ingeniería á los de nuestra época, que distribuían el fertilizante liquido por los más apartados rincones de un país á menudo estéril.

En tercer lugar, mantenía el rey, siempre bien provistos, una serie de enormes silos situados á frecuentes intervalos por todo el imperio, pues era posible que sobreviniese la sequía y amenazase el hambre á los infelices labradores. Por regla general habia en los graneros públicos suficiente acopio para mantener á toda la nación durante dos años, lo que representa una reserva de que tal vez ninguna otra raza del mundo dispuso jamas.

No obstante lo colosal de la empresa, se cumplía fielmente á pesar de todas las dificultades, aunque acaso no bastaran para ello el formidable poder del monarca peruano, á no valerse del procedimiento de concentración alimenticia descubierto por los químicos y del cual hablaremos más adelante.

En cuarto lugar, el tesoro real costeaba el ejército, cuya instrucción era excelente, y de él se servía el monarca para fines distintos de la guerra, que no era muy frecuente, porque las incultas tribus colindantes conocían y respetaban el poderío imperial.

No conviene que nos detengamos ahora á describir los especiales servicios del ejército, sino que vale más completar el tosco bosquejo político de este antiguo imperio, indicando las funciones de la gran comunidad de sacerdotes del Sol en lo referente á su

intervención en la vida cívica. ¿En qué empleaba esta comunidad sus cuantiosas rentas, iguales á las del rey, cuando las de este no sufrían merma, y muy superiores por no tener menoscabo en tiempo de carestía ó penuria? Verdaderamente obraba el rey prodigios con su parte de la riqueza nacional; pero todo cuanto hacía palidece en comparación de lo que llevaban á cabo los sacerdotes.

Primeramente, cuidaban de los espléndidos templos del Sol, sitios por todo el país, de modo que los santuarios de muchas aldeas tenían ornamentos y decorados de oro que hoy valdrían algunos miles de centenes, mientras que las catedrales de las ciudades populosas resplandecían con magnificencia, ni de mucho igualada desde entonces en ningún punto de la tierra.

En segundo término, educaban gratuitamente á la niñez y juventud de ambos sexos de todo el país, no sólo en las etapas de la educación primaria, sino también en la técnica y de aplicación hasta los veinte años, y algunas veces más. De esta educación daremos pormenores más adelante.

En tercer lugar (y esta les parecerá tal vez á nuestros lectores la más curiosa función cívica del sacerdocio peruano) tenían á su cuidado los enfermos de todo el país. No quiere decir esto que fuesen sencillamente los médicos de la época (aunque también lo eran,) sino que desde el momento en que un hombre, una mujer ó una criatura enfermaban de cualquier dolencia, quedaba á cargo de los sacerdotes ó, como éstos donosamente decían, era "huésped del Sol." Quedaba el enfermo dispensado, desde aquel punto, de todas sus deudas para con el tesoro nacional y, durante la enfermedad, se le proporcionaban alimentos y medicinas á cargo del más próximo templo del Sol; pero si la enfermedad era grave, se le trasladaba al mismo templo, como á un hospital, para recibir allí más cuidadosa asistencia. Si el enfermo era cabeza de familia cuyo pan ganaba, también se convertían su mujer é hijos en "huéspedes del Sol" hasta que recobraba la salud. En nuestros tiempos se prestaría ciertamente tal sistema al fraude y al dolo, porque las modernas naciones carecen de la iluminada y universalmente difundida opinión pública que hizo posibles estas cosas en el antiguo Perú.

En cuarto lugar (y acaso parezca todavía más sorprendente,) *todos los ciudadanos* de cuarenta y cinco años cumplidos, excepto las clases oficiales, eran también "huéspedes del Sol;" porque, según consideraban, un hombre que desde los veinte años (edad en

que empezó á tomar su parte en las cargas del Estado) había seguido trabajando durante veinticinco, tenía bien ganado un cómodo descanso por el resto de su vida aunque mucho viviese. Así es que todo ciudadano, sin distinción de sexo, al cumplir los cuarenta y cinco años podía, si gustaba, adscribirse á un templo y vivir allí monásticamente entregado al estudio, ó si no, seguía con su familia como antes, empleando el tiempo á su albedrío; pero en ambos casos quedaba dispensado de todó trabajo en beneficio de la colectividad y su manutención corría á cargo de los sacerdotes del Sol. Sin embargo, no les estaba prohibido seguir trabajando en alguna ocupación de su gusto, y así la mayor parte de los varones preferían emplearse, siquiera para distraer el ocio, en cosas de su particular afición. De esta suerte fué posible que los jubilados hicieran valiosos descubrimientos é invenciones, pues como estaban á cubierto de toda necesidad, sin la del trabajo, podían ocuparse en tareas de libre elección, como no les era dable á los demás ciudadanos.

Para los funcionarios oficiales y los sacerdotes no había jubilación á los cuarenta y cinco años, salvo en caso de salud quebrantada, pues tanto en una como en otra clase social predominaba el sentimiento de que la experiencia y sabiduría de los años eran demasiado valiosas para desperdiciarlas, y así la mayor parte de oficiales y sacerdotes morían en el ejercicio de su cargo.

Ahora se comprenderá la importancia del ministerio sacerdotal y por qué las rentas del tesoro del Sol tenían prelación sobre toda otra, pues de ellas dependían no sólo la religión del pueblo, sino la educación de la juventud y la asistencia de enfermos y ancianos.

Tenemos, en resumen, que mediante este curioso régimen de la antigüedad, todo ciudadano de uno ú otro sexo tenía asegurada su educación, con cuantas oportunidades pudiesen favorecer el desenvolvimiento de sus peculiares aptitudes. Después había de trabajar asiduamente durante veinticinco años, pero nunca en oficios inconvenientes ni tampoco con exceso, teniendo en perspectiva una vejez cómoda y descansada, totalmente libre de cuidados y ansiedades. Por supuesto que había entre ellos familias más pobres que otras, pero no se conocía lo que nosotros llamamos pauperismo, el abandono era imposible y no existía la criminalidad. Así,

no es maravilla que el destierro del país fuere considerado como la más horrenda pena de este mundo y que las bárbaras tribus colindantes se sometieran al imperio, tan pronto como se las convenía de la bondad del régimen.

Unas cuantas casas de la capital tenían sobrepuesto un primer piso; pero esta idea no logró el favor popular y tan atrevida innovación fué sumamente rara. Sin embargo, en algunas casas de los sacerdotes ó monjes del Sol, se había obtenido, por un curioso procedimiento, el mismo efecto de una serie de pisos sobrepuestos, aunque esta disposición nunca hubiera podido adoptarse extensivamente en una ciudad populosa. Al efecto, se construía una vasta plataforma de tierra de mil pies en cuadro de superficie y cincuenta á ochenta de altura, junto á la cual, pero á cincuenta pies más adentro del borde de cada lado, se levantaba otra plataforma de novecientos pies y sobre ésta una tercera de ochocientos pies de lado y luego otra de setecientos pies de lado, y así una sobre otra, de dimensiones progresivamente decrecientes, hasta la décima plataforma de sólo cien pies de lado. En el centro de esta final plataforma se levantaba un pequeño santuario dedicado al Sol.

El efecto de conjunto era algo parecido á una gran pirámide achatada, que se alzaba en anchos y lisos peldaños como una especie de colina quebrada en terrazas. En el frente perpendicular de cada una de estas enormes plataformas se abrían los aposentos ó, por mejor decir, las celdas donde moraban los monjes y sus huéspedes. Cada celda tenía un aposento exterior y otro interior que recibía la luz del primero abierto al aire en la fachada, por lo que tan sólo tenía tres paredes y techo. Ambos aposentos estaban revestidos y pavimentados con losas de piedra sólidamente unidas, como de costumbre, por medio del cemento. Las terrazas delanteras se disponían en forma de jardines y senderos, de modo que la residencia en las celdas resultaba en extremo deleitosa.

En algunos casos se aprovechaba una eminencia natural del terreno para seccionarla en plataformas, aunque la mayor parte de dichas pirámides eran de construcción artificial. Frecuentemente abrían túneles en las entrañas de la plataforma inferior y construían cámaras subterráneas para servir de silos y otros menesteres.

Además de estas notables pirámides aplanadas, había los ordinarios templos del Sol, algunos de ellos de grandes dimensiones, que cubrían vasta superficie de terreno, aunque todos tenían á los

ojos de un europeo el defecto de ser demasiado bajos en proporción á su longitud. Siempre estaban rodeados de amenos jardines bajo cuyos árboles se explicaban la mayor parte de las enseñanzas que tan merecida fama habian dado á estos templos.

Si el exterior era algunas veces menos admirable de lo que se hubiera podido apetecer, el interior compensaba sobradamente todo posible defecto. La abundancia de metales preciosos empleados en la ornamentación seguía siendo una característica de la vida peruana cuando, miles de años más tarde, un puñado de españoles sometió á la relativamente degenerada raza que había sucedido á la cuyas costumbres estamos tratando de describir. En la época á que se refiere nuestra información, los habitantes del Perú no conocían nuestro arte del dorado, pero eran sumamente hábiles en forjar anchas y delgadas planchas de metal, por lo que no era raro que las paredes de los templos estuviesen completamente revestidas de planchas de oro y plata cuyo espesor solía medir seis milímetros y se las amoldaba á los delicados relieves de la piedra, como si hubiesen sido de papel, de modo que, desde nuestro moderno punto de vista, un templo era frecuentemente depósito de indecibles riquezas.

Pero la raza que construyó aquellos templos no miraba en modo alguno sus riquezas como nosotros las consideramos, sino sencillamente como apropiados elementos de ornamentación. Conviene recordar que no solo se ornaban de esta manera los templos, sino que toda casa de algún respeto tenía las paredes revestidas de uno ú otro metal, así como nosotros las tapizamos de papel pintado; y la casa que tenía desnudas las paredes, era entre ellos, lo mismo que entre nosotros el enjabelgado de cal, es decir, que la falta de ornamentación se relegaba á las casas rústicas y al exterior de las urbanas.

Sin embargo, únicamente los palacios del rey y de los virreyes estaban tapizados de oro puro como los templos, pues las demás clases sociales recurrían á toda clase de hermosas y útiles aleaciones, con las que, relativamente á menor coste, obtenían riquísimos efectos.

Al hablar de la arquitectura de los antiguos peruanos, no debemos olvidar la cadena de fortalezas levantadas por orden del rey en las fronteras de su imperio, á fin de mantener en respeto á las tribus bárbaras que más allá habitaban.

Tenían por principales armas la lanza, la espada y el arco, así como el lazo de bolas, que todavía usan hoy los gauchos de las pampas sudamericanas, y consiste en dos bolas de piedra ó de metal unidas por una cuerda, que se lanza contra las piernas de un hombre ó las patas de un caballo para derribarle al suelo.

En la defensa de las fortalezas arrojaban enormes peñascos contra los asaltantes, pues la disposición del recinto permitía este medio defensivo.

Las espadas eran cortas y más bien parecían cuchillos largos, valiéndose de ellas tan sólo en el caso de romperse la lanza ó quedar desarmados.

Generalmente disparaban una copiosa y sostenida lluvia de flechas para desconcertar al enemigo y arremeter contra él á botes de lanza, sin darle tiempo á reponerse.

Las armas estaban hábilmente fabricadas, porque eran muy entendidos en metalurgia. Empleaban el hierro, aunque no supieron convertirlo en acero, y les era menos útil que el cobre, latón y bronce, porque podían endurecer extraordinariamente estos metales ligándolos con una variedad de su notable cemento, mientras que el hierro no admitía tan perfectamente la aleación. El resultado de este método de endurecimiento era muy valioso, pues aun al cobre puro, ligado con el cemento, se le podía dar un corte tan fino como á nuestro mejor acero, y no cabe duda de que algunas aleaciones de la metalurgia peruana eran más duras que cualquier metal que podamos obtener en nuestra época.

Respecto á los usos y costumbres de la vida social hay algunos puntos dignos de atención por lo curiosos é interesantes. Así vemos que las costumbres matrimoniales tenían un muy peculiar carácter, pues sólo se celebraban las bodas una vez al año. La opinión pública demandaba que todo ciudadano se casase, á menos de alegar poderosas razones en contrario, aunque no había nada que pudiese parecer coacción en este particular. Estaba prohibido el matrimonio entre menores; pero al llegar los jóvenes á la edad conveniente eran libres de elegir pareja, como lo son entre nosotros, aunque no podía celebrarse la boda hasta el día señalado al efecto, cuando el gobernador de la provincia ó el magistrado de la ciudad congregaba en audiencia pública á todos los jóvenes de uno y de otro sexo que durante el pasado año habían cumplido la edad núbil, y les notificaba oficialmente que eran libres de tomar estado ma-

rimonial. Algunas parejas tenían ya resuelto aprovecharse de la oportunidad, por lo que se adelantaban á exponer su mutua voluntad ante el gobernador, quien interrogaba brevemente á los novios y los declaraba marido y mujer tras sencilla ceremonia. También decretaba el gobernador la redistribución de la propiedad rústica con arreglo a las nuevas circunstancias, pues los recién casados dejaban de pertenecer desde aquel punto á sus respectivas familias paternas y habían de constituir hogar propio. Por lo tanto, el casado recibía doble trozo de tierra que cuando soltero y aun así, rara vez encontraba excesiva la labor relacionada con ella.

En cuanto al regimen alimenticio, observamos una particularidad. Los manjares acostumbrados eran diversos, como sucede hoy día, y aunque no sabemos si estaba prohibido pescado, es seguro que nadie lo comía en la época que consideramos. Cultivaban la patata y el *yam*, y en sus platos entraban numerosas y diversas combinaciones de maíz, arroz y leche. Con todo, tenían un extraño y en extremo artificioso manjar que bien pudiéramos llamar el sostén de su vida, pues, como el pan entre nosotros, acompañaba principalmente á todo otro manjar.

La base de dicho manjar era la harina de maíz que, amasada con varios ingredientes químicos, se sometía á una presión enorme hasta dejarla tan dura y compacta como una torta. Los ingredientes químicos se dosificaban de suerte que la masa contuviese todos los principios necesarios á la nutrición del cuerpo en el menor volumen posible, y tan feliz resultado les daba, que con una delgada rebanada tenían bastante para todo el día, pudiendo llevar un hombre consigo, sin el menor inconveniente, la provisión necesaria para un largo viaje.

La manera más sencilla de comer este manjar era la de chuparlo como un caramelo; pero si no les faltaba tiempo para ello lo hervían ó guisaban de diversas maneras que aumentaban su volumen.

Aunque tenía de por sí este manjar sabor determinado, se le aromatizaba con diversas esencias en el curso de la elaboración, correspondiendo un especial color á cada una. Así, por ejemplo, las tortas de color de rosa estaban aromatizadas con esencia de granada, las azules con vainilla, las amarillas con naranja, las listadas de rosa blanco con *guayaba*, etc., de modo, que había para satisfacer todos los gustos.

Esta curiosa pasta prensada era el primordial alimento del país, y un gran número de gentes no probaban otro, aunque tuvieran abundancia de platos que escoger. Lo elaboraban en cantidades tan enormes, que resultaba relativamente barato y al alcance de todos los hogares, siendo notorias sus ventajas para la alimentación de las clases trabajadoras.

La Turania en la antigua Caldea. 19.000 años antes de J. C.

Difícilmente podría hallarse más áspero contraste entre dos países, que le hubo entre Perú y Babilonia. El primero tenía por capital característica su notable sistema de gobierno, y la religión formaba una parte comparativamente menor de la vida del pueblo, es decir, que las funciones de los sacerdotes como maestros, médicos y agentes del vasto plan de previsión para la vejez, era á sus ojos mucho más importante que el ministerio eventual de predicación y plegaria relacionado con el servicio de los templos. Por el contrario, en Caldea, el sistema de gobierno nada tenía de excepcional, y el principal factor de la vida era la religión, pues no se acometía empresa alguna sin su especial referencia. Así es que la religión del pueblo predominaba y henchía su vida hasta un punto tal vez igualado tan sólo entre los brahmanes de la India.

Se recordará que el culto religioso de los peruanos era una sencilla aunque en extremo hermosa forma de heliolatría, ó mejor dicho, de adoración al Espíritu del Sol. Tenían pocos y claros dogmas, cuya principal característica era el júbilo que en todo reinaba. En Caldea presentaba la fe más severo y místico aspecto, con mayor complejidad de ritual. No sólo adoraban al Sol, sino á las Huestes de los cielos, y la religión consistía en un muy bien acabado ordenamiento del culto á los ángeles de las estrellas, aparte de un completo y perfecto sistema de astrología para la práctica regulación de la vida cotidiana.

EDIFICACIÓN DE LA GRAN CIUDAD.

El estilo arquitectónico era ciclópeo, con enormes piedras, mucho mayores todavía que las de Carnac, para cuya colocación se servían de máquinas y deslizaban enormes piedras sobre rodillos. En casos apurados, daba el Manú instrucciones para la mayor facilidad de la tarea, tal vez por algunos procedimientos magnéticos;

pero generalmente habían de emplear toda su fuerza é ingenio en el manejo de estas enormes piedras, algunas de cincuenta metros de largo, que lograban arrastrar por los caminos. Sin embargo, cuando habían de levantarlas hasta su respectivo asiento, el Manú y Sus lugartenientes les sugerían ocultos procedimientos. Algunos de estos lugartenientes aventajaban en categoría á los Maestros, pues de Señores de la Luna se habían convertido en Chohanes de Rayos. Iban de un lado para otro inspeccionando el trabajo de los operarios y se les llamaba genéricamente *Maharishis*, entre cuyos nombres propios oímos los de Rhudhra, de sonido muy gutural, y el de Vásukhya. (Mucha fué nuestra sorpresa al advertir en estos nombres una evidente forma de sánscrito en tan remotísima época. Parece que el lenguaje traído de Venus por los Señores de la Llama fué este primitivo sánscrito, un idioma verdaderamente divino, que no sufrió alteración notable mientras los Señores de la Llama estuvieron en contacto con el pueblo.)

Levantándonos sobre ella en el aire y mirándola como desde un globo, veíamos la isla Blanca semejante á un círculo dividido por una cruz, pues las calles estaban dispuestas como cuatro radios coincidentes en el templo central. Desde el promontorio noroeste del primitivo establecimiento de la raza, presentaba la isla magnífico aspecto que difícilmente podía ser accidental, pues tomaba la figura del ojo simbólico del rito masónico, recortado de modo que las curvas eran cilíndricas y las más oscuras líneas de la ciudad figuraban el iris mirado desde el continente (más de 600.000 años antes de J. C.)

Tanto el exterior como el interior de los templos de la isla Blanca estaban adornados con esculturas, de las que muchas contenían símbolos masonicos, porque la Masonería heredó sus símbolos de los Misterios, y todos los Misterios arios derivaron de este antiguo centro de iniciación.

Quedó la ciudad enlazada con la isla Blanca por medio de un magnífico puente de construcción tan notable que por él se la llamó *Ciudad del Puente* (Tambien se la llamó Manova, esto es, ciudad del Manú.) Era este puente de airosa traza, y tenía palmados con torneado de macizas volutas y decorado de grandes grupos escultóricos. Los extremos se apoyaban en las rocas costeras del continente y en la ribera de la isla Blanca. Las baldosas de la calzada median 49 metros de largo con proporcionada anchura, constituyendo en con-

junto una construcción digna, por lo severa, de la isla á que servía de único enlace con tierra firme.

El año 45.000 antes de J. C. estaba la ciudad en el cenit de su esplendor, pues era entonces la capital de un dilatado imperio que comprendía todo el centro y oriente de Asia, desde el Tibet al mar y desde la Manchuria á Siam, aparte de la soberanía que alegaba sobre todas las islas comprendidas entre Japón y Australia. En alguno de estos países se advierten todavía vestigios de la dominación de aquel imperio, pues el indeleble toque de la sangre aria se echa de ver en pueblos tan primitivos como los cabelludos ainos del Japon y los aborígenes de Australia.

En el apogeo de su gloria ostentaba la ciudad la magnífica arquitectura que hemos descrito, de carácter ciclópeo en cuanto á sus proporciones, pero de muy delicada y pulida labra. Hemos visto que los fundadores de la ciudad edificaron los maravillosos templos cuyas colosales ruinas son la admiración de cuantos las contemplan hoy en Shamballa (Shamballa es todavía la imperecedera tierra sagrada, donde moran los cuatro Kumáras y se reúnen cada siete años los iniciados de todas las naciones.) y dotaron al mundo del incomparable puente que un tiempo enlazó la isla sagrada con la margen continental. (Todavía está en pie este puente, tan poderoso como siempre, aunque ahora sólo fluyen por bajo de él las movedizas arenas del desierto.) Su escultura era majestuosa, su colorido brillante y muy notable su ingenio mecánico. En la época de su culminante esplendor no desmerecieron en comparación de los atlantes, y aunque nunca les aventajaron en lujo, sus costumbres fueron notoriamente más puras.

Tal fué la poderosa ciudad trazada por el Manú Vaivasvata y construida por sus hijos. Muchas y muy grandes fueron las ciudades de Asia, pero la *Ciudad del Puente* las sobrepujó á todas. Sobre ella planearon constantemente las poderosas Presencias (que tenían y aún tienen su terrena morada en la sagrada isla Blanca) para darle, entre todas las ciudades del mundo, la perenne bendición de su inmediata proximidad.

PRIMEROS TIEMPOS DE LA CIVILIZACIÓN É IMPERIO ARIOS.

Los hijos del Manú no fueron, en modo alguno, un pueblo primitivo, pues en sus orígenes abarcaron unos cuantos centenares de miles de años de civilización atlante y miles de años bajo el go-

bierno de su propio Manú en Arabia y norte de Asia. Las gentes, aun el proletariado infimo, sabían todas leer y escribir, y ningún linaje de trabajo era para ellos despreciable desde el momento en que trabajaban en la obra del Manú, fuese cual fuese. Observamos á un hombre que barría las calles, y como pasara por su lado un sacerdote cuyo porte dignísimo y ricas vestiduras denotaban muy elevada categoría, saludó cortésmente al barrendero como un hermano, como un igual, como uno de la fraterna familia de los hijos del Manú. Fomentaban el sentimiento de la confraternidad de la raza sobre el fundamento de una maravillosa igualdad (como la que á veces suele verse entre los masones) y mútua cortesía, sin que por ello dejara de reconocerse el mérito personal, ni de tener en consideración á los hombres de valía, agradeciéndoles el auxilio que prestaban. Nadie trataba de sobreponerse á los demás y cada cual hacía cuanto estaba de su parte por el bienestar ajeno, con lo que se evitaban contiendas. En esto fué la civilización aria muy diferente de la más complicada y opulenta de los atlantes, donde cada uno buscaba su propia comodidad y exaltación de sí mismo, entre mútuos recelos y desconfianzas. En cambio, los arios confiaban completamente unos en otros, y para todo bastaba la palabra, que hubiera sido preciso no ser ario para quebrantarla.

—PREFACIO—

Las siguientes páginas constituyen un intentado bosquejo de los originarios comienzos de la sexta raza raíz, análogas á la primitiva etapa de la quinta raza raíz en Arabia. Antes de que la sexta raza tenga existencia propia y tome posesión de su continente que poco á poco, trecho tras trecho, se está levantando ahora en el Pacífico, han de pasar muchísimos miles de años. La América del Norte habrá quedado hecha pedazos y la faja occidental donde se haya establecido la primera Colonia será la extrema tierra oriental del nuevo continente.

Mientras esta colonia viva en embrión, la 5ª raza estará en su cénit y concentrará en sí la pompa y gloria de la tierra. La Colonia parecerá muy deleznable cosa á los ojos del mundo, como si fuese una comunidad de gentes animosas y esclavamente dedicadas á su Caudillo. Este bosquejo se publicó ya en *The Theosophist* y todo él es obra de mi colega.

A. B.